CENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

P. Bravo: Cálculo, balances y profecías.—**C. Carpio:** Madrid, Noviembre y Durruti.—**Puyol:** Recuerdos de juventud.—**J. Ferrer:** El anarquismo única solución efectiva. — **Abarrátegui:** España y aún España.—Dos conferencias de Muñoz Congost en Casablanca. — **F. Ocaña:** La voluntad libertaria.—**Fabián Moro:** Discurso del hombre libre.—**F. Alaiz:** Cuatro épocas de la ciudad sertoriana. — **H. Manchester:** Bertha Von Suttner y Alfredo Nobel.—**E. Relgis:** De mi calendario.—**A. Samblancat:** Marfil animal y vegetal y ¡San Patricio nos valga!—**M. C.:** El universo de Alaiz.—**Denis:** El curandero.—**Han Ryner:** Colgando los hábitos (folletón).

154

NOVIEMBRE 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.

NUESTRA PORTADA

Si al anarquismo pertenecen sólo los anarquistas organizados, a la anarquía y por la anarquía, pertenecen y trabajan todos los anarquistas, los asociados y los no asociados. Además entre éstos hay dos géneros, los que así se apellidan y los que nunca se han declarado con adjetivo alguno, pero que son entera e íntegramente anarquistas.

Admitidas estas diferencias, Aldus Huxley es de los nuestros, es anarquista.

Huxley era anarquista porque:

— Sin llegar a ser irreverente ni irrespetuoso, se reía de todo y de todos, nada era sagrado para él y esto es una condición « sine qua non » del anarquista.

— no admitió nada más allá de la muerte,

— ciego, dedujo que es así cómo mejor podría vivir su UTOPIA hecha de pensamientos y de sentimientos,

— social, condenó a la sociedad y gritó para que la humanidad se alejase del robotismo, y de la planificación como armas destinadas a deteriorar la vida individual y con ella al individuo,

— denunció desde el año 32 la carrera hacia la tecnocracia y el taylorismo,

— demostró el desastre que ocasionaría el «bien-estar» producido por el trabajo en cadena,

— explicó que toda clase de obligación, incluso la de ser feliz, era negativa,

— rechazó todo dirigismo incluso el tendente a la procreación condicionada,

— para él como para el conjunto de anarquistas, la sociedad actual no era más que un PROGRESO DE EXPERIENCIAS TENDENTES AL APLASTAMIENTO PROGRESIVO PERO TOTAL DEL HOMBRE,

— no admitió la dependencia sexual bajo ningún pretexto, ni tampoco la libertad sexual que hace del hombre un «perro bien domado»,

— detestó la mentira, disimulada o no, convencional o fortuita, útil o vergonzosamente execrable,

— combatió la ruindad desdeñando, aunque piadosamente, a los hombres ruines,

— etc., etc., etc.

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux, Muñoz Congost

Precios de suscripción

Francia:	
Semestre	7,00 F.
Año	14,00 F.
Número suelto	1,20 F.
Exterior:	
Semestre	8,00 F.
Año	16,00 F.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.C. 1197-21
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII — Toulouse, Noviembre 1963 — Nº 154

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - MADRID - Monte Esquinza, 30-3.º dcha.

CALCULOS, BALANCES Y PROFECIAS

HA su postrer suspiro, al pergueñar estas líneas, el año del... Pero dejemos aparte adjetivo; en cantidad y en calidad, un año en sí, es sensiblemente igual o parecido a otro. El marco ficticio del tiempo, calculado con exactitud y guardando proporciones simétricas, es un detalle técnico mínimo; lo importante son los lienzos, los retablos, las acciones humanas que dentro del enmarcado recinto quedan para la galería de la historia.

Un pensamiento genial, aunque quepa en un minuto, puede tener trascendencia durante siglos; un verso, una estrofa, una esperanza en firme, puede desafiar al tiempo e inmortalizar, sin pretenderlo, a quienes les concibieron. Y borradas, en el término de los escasos segundos de un minuto, las obras seculares orgullo de la sociedad, pese a sus proporciones o dimensiones.

Hay gemidos que son verdaderas síntesis del drama humano; hay bostezos que compedian toda una vida insulsa, vegetativa, insípida, y sonrisas que abarcan el cúmulo de esperanzas, deseos y fantasías almacenadas por el hombre en su fuero intelectual, afectivo o simplemente sensitivo.

Hay segundos estelares, engarzados a siglos de nocturnidad, que lanzan destellos; puntos de referencia sin los cuales andaríamos perdidos; momentos de tanta densidad y vibración que pesan sobre todo el resto de una vida, de perfiles sensuales o de contornos místicos. Y que la memoria no recuerda, ni la voluntad intenta prohibirlos. Hechos que nos marcan, estigmas indelebles a la vez que invisibles. Determinismo interminado del hombre a su pedantería y a la sutil metafísica por él esgrimida; como para volver más circunspectos a quienes se obstinan en explicarlo todo por cifras o revelarlo todo por signos de magia. En realidad, no para explicar o revelar algo, sino más bien para ocultar y encubrirlo todo. Perpetuar la ignorancia para mantener su poderío. Pueblos ciegos en los que el monarca es un tuerto; multitudes postradas y encandiladas para las cuales el visionario es el sumo pontífice.

⁂

Sobre mi mesa, esparcidas, varias revistas de fin de año. El papa opina y aconseja sobre lo humano, y sobre lo divino fulmina; con igual desparpajo niega lo que sabe que afirma lo incognoscible. Una periodista de renombre —corta de vista—, puesta en trotes de adivinar, quiere levantar el velo del futuro haciéndose eco de alcahueterías cazadas en los cenáculos políticos. Un financiero orondo, con título de ministro, calcula los recaudos impositivos para sus arfas vacías a la vez que preconiza medidas restrictivas. Un hombre de ciencia, célebre por sus trabajos nucleares, propugna por un sistema de desarme plagado de malas intenciones o adoleciendo de un descomunal infantilismo. Un joven académico nanegenario recomienda la vuelta al virtuoso clasicismo, con cánones, reglas tradicionales y fijas. Y hasta un artista de partido, confundiendo ética y estética, lanza su mensaje clasista abogando por la línea zigzagueante, quebradiza. Renunciamos a la crítica, aunque sea de corrido, de las alocuciones de los jefes políticos de diversos países; prometen si se les sigue, algo peor que las legendarias plagas egipcias.

Un general da un balance macabro de la guerra. Tantos miles de muertos, tantos de heridos, de prisioneros, y muchos más, por enajenados, recluídos. Kilómetros avanzados, retrocedidos; costas conquistadas, aviones abatidos. Cifras y más cifras. Deducid y conoceréis al vencedor. Pero nosotros, inducidos por lo que vemos, opinamos que a estas alturas ya pronto será imposible ganar una guerra; ni siquiera por los que monopolizan la producción armamentista y hacen de la finanza una tramposa lotería.

Una sociedad industrial contabiliza la riqueza anual de su tesorería. ¿Balance? Varios millones

Madrid, Noviembre y

CONMEMORANDO este XXVII aniversario de la Defensa de Madrid, evocamos a Buenaventura Durruti como uno de sus héroes más prominentes; quizás el más ilustre de sus defensores. Y no por haber participado intensamente en la contienda de aquel frente de combate, sino porque había sido desplazado con parte de la División para el empuje que permitiría ensanchar el campo de lucha.

Y el convencimiento que de ellos tenían quienes dispusieron el traslado de aquellas fuerzas seleccionadas desde Aragón para actuar en Madrid, importaba vitalizar la moral combativa y abrir una brecha para acciones futuras. Porque nadie ponía en duda que en la acción de aquellas fuerzas iba todo el prestigio de las milicias, y detrás de Durruti, la Confederación, las Juventudes Libertarias y la FAI. Es decir, el anarquismo.

La muerte de Durruti ha sido la victoria más importante que se ganó el enemigo, sin combate. La desaparición de Durruti, el hijo del pueblo que arrastraba apasionadas multitudes, por la sinceridad y honestidad con que se enfrentaba a los acontecimientos, permitió al enemigo un respiro importante y, de rebote, el establecimiento de un nuevo plan de guerra. Con Durruti en el frente, ni organizaciones ni el gobierno podrían tener tranquilidad absolutas. Hombre disciplinado, por imperio de los acontecimientos, tenía el instinto desarrollado para adivinar los movimientos de enemigo, y la suficiente confianza en su poder y valer como para llevar a cabo las faenas más peligrosas en cualquier terreno.

Durruti era un héroe de cuerpo entero, no en el romántico sentido literario del término, sino un héroe auténtico, como lo habían sido antes Pericles en su momento, Napoleón después y el inglés Montgomery, vencedor del desierto. Es decir, hombres que, ubicados en un lugar de la tierra, en determinado momento deciden el curso de los acontecimientos. Como antecedentes, disponemos de elementos valiosísimos desde Jerjes que consiguió atravesar el Ponto Euxino hasta Alejandro al cortar el nudo giordano y obligar a la pitonisa del templo de Delfos a que le diera los buenos augurios por la hazaña que llevaría a cabo después, tal como está escrito.

Durruti en el frente de Madrid sin duda que invertiría todo el curso de la guerra defensiva. Si bien no era un hombre calibrado, que aplicara la lógica con buen sentido, la explosión volcánica de su confianza desarticulaba todo razonamiento. Y al vigor con que apoyaba su decisión hacían luz allí donde el buen juicio fracasaba. Santillán expresa que si alguien lograra domar a ese león con una pequeña dosis de teoría, Durruti sería el indiscutido general de la liberación. ¿Qué podría haber ocurrido si Durruti hubiera actuado en todo el curso de la guerra? ¿Qué conclusiones, quienes lo han conocido y tomado las pulsaciones de su corazón, con el antecedente de lo que representó dentro del movimiento anarquista y como miliciano en el frente de Aragón? Indudablemente que la contienda española no podría terminar en la forma en que se arriaron las banderas. La segunda guerra grande no hubiera estallado, al menos inmediatamente de liquidarse el caso español, o no se hubiera llevado a cabo. Con una España sólidamente afianzada en el campo social revolucionario y una Europa dispuesta a seguir la corriente idealista extendida a todos los extremos, y con un nazifascismo doblando la rodilla, lo demás es de suponer. Pero aun cuando las hostilidades mayores se hubieran roto, con España en pie de lucha y con un ejército aguerrido para las más duras tareas, como serían los émulos de Durruti, Francia no experimentaría la humillación de ser invadida por las botas claveteadas del nazismo soberbio. Y al hablar de Francia, la mencionamos con unción porque hablamos de libertad, de fraternidad, de igualdad que los españoles, sus herederos, han defendido hasta caer vencidos y besando la tierra en duros combates.

No se puede hablar del frente de Madrid sin asociar a Durruti. La arisca comopstura castellana encontraba en él al seguro «hermano grande, todo bondad, todo entereza, todo fuego y pasión», como

---

ganados entre cuatro socios inactivos, pero dueños de las acciones de la firma. Así es de cínico el capitalista. ¡Y lo que no dicen para ocultarlo al fisco! Sin mucho desgaste imaginativo se puede averiguar quiénes son los que tantos millones han perdido. Activistas que con las herramientas afirman su destreza y con la cabeza su torpeza. Así son de mansos y listos.

⁂

Tras un mal día pasado, Nochebuena se avecina. Es la natividad del hijo de un dios y de una virgen; virgen aún recién parida. Solemnidad del primero de año. ¿Qué se solemniza? La circunscisión de Cristo. Costumbre inveterada entre los árabes y judíos. Bien cierto es que nada hay tan absurdo y sinuosamente sicalíptico como las historias sacras y los cuentos bíblicos.

P. BRAVO

DURRUTI

dijo Liberto Callejas. Su rebeldía indómita, su audacia y temeridad ilimitadas, ofrecían los signos de la victoria. El hombre que tanto había contribuído para crear iniciativas de largo aliento como la editorial anarquista, «Crisol», «Liberión», «Iberión», no podía fracasar, a no ser por un golpe feroz asestado por el destino en el mismo lado del corazón.

Este hombre enérgico, nacido para la hazaña, ha caído de la forma más inocente y fulminante. El privilegio ha podido respirar. Con hombres como Durruti, la revolución marchaba a pasos de gigante, sin detenerse. El ha enseñado cómo se combate al enemigo. Lo que después han hecho los judíos y chipriotas, sin permiso del gobierno inglés, era música que la columna Durruti le hacía escuchar al viejo Cabanellas, escondido en Zaragoza. Durruti era la revolución que rodaba por su cerebro, sus manos y España. Un hombre hecho de mundo. Con su pérdida, España lleva luto, porque los héroes de su magistratura no se improvisan, ni nacen todos los días.

La Defensa de Madrid es un símbolo de la resistencia y Durruti su heraldo. Por muchos años futuros, la juventud idealista española pondrá claveles rojos en el recuerdo de aquellos acontecimientos en que se han quemado tantas ilusiones y corazones palpitando por la libertad.

CAMPIO CARPIO

Recuerdos de juventud

EL Café Austriaco de la Línea de la Concepción, tildado de germanófilo en 1917, aparecía día y noche desierto. Por ignorancia del veto, yo estuve yendo hasta escuchar las explicaciones de labios del dueño sobre la completa soledad del establecimiento. Y como yo era recalcitrante aliadófilo — hoy por ninguno tomaría partido —, cambié de café, además de aconsejarme esto mismo el patrón del Austriaco.

Hombre de complexión robusta, pacienciudo, correcto, agradable. Reservábase su opinión sobre el resultado de la guerra. Tal vez a este industrial no le perjudicasen quitándole el nombre al café y poniéndole otro en sentido contrario.

El Austriaco estaba en el centro de la población, tenía una puerta giratoria moderna, alumbrado eléctrico, espejos convexos — impropios de Café serio — divanes de terciopelo punzó, mesas de mármol, silloncitos, un mostrador largo, bien abastado.

Aquellos pueblos colindantes con la Línea de la Concepción y la Línea colindante con Gibraltar vivían del contrabando. Del mismo Algeciras acudían las mujeres a Gibraltar en el vaporcito de las medias horas para hacer la compra por razón de economía.

Gibraltar, una tira larga — la calle Real — con afluentes en costera. Salvo las tabaquerías, tiendas inelegantes. Puerto de poco movimiento, guardado por autoridades inglesas de Marina. Un peñasco o berrugón de mar. Las puertas — semejantes a las de consumos — donde piden los papeles. Carricoches tirados por cascabeleros arres. Y peatones a través del Campo de Gibraltar yentes y vinientes.

Una noche entraron varios individuos en el Austriaco y pidieron las bolas del billar, de que en el acto fueron servidos.

Hablábamos tranquilamente el patrón y yo cuando uno de los jugadores cayó de espaldas muerto de un tiro de pistola automática.

Me figuré que algún taco del billar había caído del suelo, a juzgar por el chasquido que el arma produjo.

Con las mismas el agresor tomó las afufas.

Y como si se tratara de un hecho corriente y moliente, el dueño del café, sin moverse del asiento, reanudó de este modo la conversación :

— Pues como iba diciendo...

Esta falta de respeto humano me heló la sangre. Y sin decir oste ni moste abandoné el café.

PUYOL

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Ante el desarreglo del mundo EL ANARQUISMO, UNICA SOLUCION EFECTIVA

7.—PREMIOSIDAD DE LA ACRATIZACION DE LOS PUEBLOS

Un estudio de JUAN FERRER

PODRAN los sapientes, que todo lo adivinan y nada aciertan, desestimar nuestro criterio y aun de echarle paternidad de locos. Es igual. La historia se expresa sin equívocos y los sabios derrotistas, cuando la verdad resplandezca, quedarán en deprimente lugar. La humanidad precisa de remedios heroicos, no poliativos que conserven y agudicen su enfermedad. El pueblo alemán, o más exacto, el espíritu militarista de los alemanes es el más indicado para mantener al mundo en permanente sobresalto. En Alemania, incluso los desheredados creen que « su » ejército ha poseído la razón en cuantas contiendas ha intervenido. Consideran que « su » patria está en derecho de expansión a costa de Francia, de Inglaterra o del país que sea. Y los peores que desde el punto de vista actual es difícil malbaratar tan inquietante teoría. Precisaría demostrar que la Gran Bretaña puede poseer medio mundo y los demás países nada. Solamente la tesis del socialismo internacionalista puede desbaratar la pretensión argumentista de los patriotas alemanes.

Stressemann fue el hombre de buena fe que quiso practicar una política de acercamiento a los aliados con el fin de alcanzar pacíficamente lo que los junkers han pretendido arrancar por la fuerza. Pues hay que reconocer que, particularmente Inglaterra, se mostró insensible a los deseos de aproximación del gobernante alemán que acabó perdiendo la partida y la piel en un intento de rectificación del comportamiento alemán. Ningún tanteo puede ser afortunado mientras el interés privado de un país grave el desarrollo de los demás. La Sociedad de Naciones fracasó lastimosamente porque los Estados colonialistas no supuieron transigir. Estos han pretendido imponer una paz beneficiosa sólo para ellos y los poderes cual Italia y Alemania se han considerado fuertes y atendibles, no han vacilado en recurrir al empleo del cañón.

La ventaja que han llevado los dueños de Alemania sobre los gobiernos de las naciones democráticas, ha sido la de disponer en propiedad de unas multitudes huérfanas de voluntad y de contenido espiritual. Salvo contadas excepciones, la personalidad no existe en el hombre que se siente totalizado. A un capitán, en una tierra de ceros jamás le faltan soldados. En primer plano, el alemán piensa lentamente o no piensa. No tiene gesto si no se lo mandan, ni arranque si no lo dirigen. El kaiser dispuso tranquilamente de doce millones de seres que destinó al sacrificio para calmar sus ambiciones. Las convulsiones sociales del período alemán revolucionario (1918-20) prometían acabar con el embrutecimiento del pueblo, y así hubiera ocurrido si los Ebert y compañía no hubiesen cortado a tiros tan hermosa perspectiva. Para desgracia del mundo, bajo la República de Weimar se debía de sembrar de rosas el camino que conduciría a Hitler al poder.

Bajo el imperio de los Hoenzollern, la voluntad del elemento popular fue muy limitada. Si ésta despertó fue a causa del mazazo de una guerra perdida, pero la adormidera socialista malogró en ciernes el esperado renacer. Fracasado el II Reich, la política nazi debía imponerse arrolladora. He aquí una página de la negra historia que se podría repetir.

Digan los panegiristas de la situación presente si consideran realmente imposible el renacimiento del militarismo alemán. A pesar de la estrecha vigilancia ejercida en casa del vencido, éste se agita en secreto para dar nuevo quehacer. Razones no habrán de faltarle al sujeto que sucede a Hitler. Cada pérdida de guerra entraña peores condiciones de vida, en tanto que esta vez, como la otra, los países vencidos no están dispuestos a ceder. Entonces, a pesar de las conferencias internacionales, el problema de la inseguridad mundial queda en pie y en peor estado — por agravación de los odios — que antes de la conflagracián de 1914.

Urge desmilitarizar, desaborregar al ciudadano alemán. El ha de ver en las ciudadanías que lo rodean, cúmulo de hombres comprensivos en lugar de masas militarizables enemigas de su país. La hora que transcurre no debe pertenecer a los diplomáticos, a los picapleitos, y el alemán codiciable debe de ser Liebknecht o Hans Muller y Gustavo Landauer. El corrosivo de la indisciplina, el antídoto del acratismo deben ser aplicados en fuertes dosis en el alma del desdichado obrero alemán. Este, que tanto ha sufrido, puede entrar en deseo de un cambio de situación, en pasión recuperadora de su abandonada personalidad. Faltan anarquistas en Alemania, agitadores cordiales, dinamiteros contra bloques, valerosos disgregadores de masas, reconquistadores de individuos: no agentes intempestivos que huelan a Casa Blanca o a Scotland Yard.

La fortuna de atraer al trabajador germano se podría lograr con lenguaje independiente, con aires de fronda internacional. La Federación Sindical Mundial no está capacitada para acometer esta labor por hallarse sometida a dádiva y a consejo de la O. N. U. Por derecho, tan improba como honrosa tarea corresponde a nuestra A. I. T., la Asociación Internacional de Trabajadores que sostiene íntegros los principios universales de la Primera Internacional.

Se objetará que nuestro organismo mundialista carece de apretadas adhesiones, que numéricamente no representa gran cosa, y ello es verdad cuando el volumen preocupa más que el contenido. Pero volumen lo tiene inmenso la Internacional de los setenta millones y, sin embargo, su solvencia moral es nula. No sirve para organizar un mal boicot contra Franco. No sirve, la F.S.M., para intentar un acercamiento normal de los obreros de Alemania con los del resto de Europa. La F.S.M. está en la línea militar de los aliados, y por ese defecto no osará presentarse con mano franca ante el proletariado alemán. Con su sola presencia, el patriota triunfante agravia al patriota vencido. Para reconducir al productor germano a los cauces del buen sentido, la F. S. M. elefantiaca no vale lo que nuestra miniscula A.I.T. Aquí no es la monstruosidad lo que juega, sino el contenido moral. Particularmente, nuestros compañeros de la S. A. C. sueca tienen a este efecto un brillante papel a desempeñar. La S. A. C. es nuestra C. N. T. escandinava, la cual, con el concurso de la C. N. T. española (de la cual el trabajador alemán no tiene nada que decir, si no es en sentido de excusa), de la C. G. T. portuguesa, de la U. S. italiana, seguida de la C. N. T. francesa, inglesa (donde no la hay se crean), belga, holandesa y el proletariado de otros países redimido al conjuro de nuestra idealidad, se podría comprender, como recurso supremo, la magnífica empresa de la reconquista espiritual del proletariado centroeuropeo, sin cuyo concurso ninguna guerra se podrá evitar.

Para contribuir eficazmente en esta campaña, los compañeros pertenecientes a los países citados deberán esforzarse en liquidar el conformismo de sus pueblos descubriendo afanes imperialistas, dislocando organismos laboristas, cegetistas, comunistas y sindicalista marca «Camaleón». El proletariado continental está obligado a ganar la confianza del pueblo alemán, y para que esto tan importante suceda es preciso que aquél esté representado por un movimiento internacionalista, esto es, que no apeste a Cancillería, a complicidades diplomáticas y cuarteleras, a vaho político, a servidumbre medular. Solamente una unión ejemplar afectando mayormente a Alemania, Inglaterra, Francia e Italia —por ser los países más próximos a la hoguera— conseguiría detener el vértigo de la guerra, el temor de los pueblos a verse nuevamente envueltos en el torbellino de la muerte provocada.

Si, desgraciadamente, el capitalismo, que alimenta el fuego de la discordia, consiguiera mantener su dominio sobre las multitudes obreras organizadas, entonces el problema humano sería de difícil solución.

Contra la opinión de nuevos y viejos embrolladores, hay que proceder a la disgregación de las masas, a la reconquista de los pueblos, interesándoles, desde la A. I. T., por su recobramiento moral. La labor primordial —lo hemos dicho— hay que realizarla en Alemania, y simultáneamente en todo el resto de Europa, sin olvidar la U.R.S.S.

8. — PRESENCIA DE LOS INTEMPESTIVOS

Ante el caos económico y concepcional en que se debate la sociedad, y frente al evidente peligro de una tercera matanza general, preferimos poner confianza en el recapacitar de los pueblos antes que dejarnos columpiar por ideas fatalistas o de regresión.

No obstante, hemos corrido un riesgo. Cuando las esencias de la Confederación Nacional del Trabajo, tan cuidadosamente elaboradas por el anarquismo español, pueden servir de faro a la ciega Humanidad de nuestro días, no ha faltado quien, desmintiendo su honroso pasado, ha pretendido acabar con el período heroico y ejemplar de nuestra estimada Confederación.

Con pretensión de infalibles, se han atravesado en nuestro camino unos compañeros que hablan cosas extrañas, de una absurdidez que ellos no hubieran tolerado en otros antes del 19 de julio de 1936. Con abundancia de rayos y truenos, habían maldecido a la burguesía, a los Gobiernos y a los políticos que forman aquélllos, y ahora, después de un desdichado ensayo estatal, el capitalismo ya no preocupa en exceso, el Estado no es una cosa tan fea como se decía, y los deshonrosos cargos oficiales han acabado por devenir apetecibles gracias a la relatividad de las convicciones. No en vano se puede sostener una posición violenta y de agravio contra los Gobiernos para después sentirse capaces de sustituirlos en su función. Han sido muchas las esperanzas sembradas y demasiadas las existencias perdidas en aras de un propósito de intransigencia para que las responsabilidades puedan ser fácilmente aludidas.

Es una villana historia esa que ni a nosotros, ni a España ni a los pueblos que esperan de ella conseguirá beneficiar. La tónica reformista ya está lo suficientemente desparramada por el Globo, y no precisa el concurso de libertarios arrepentidos para que ella se expanda un poquito más. La Humanidad se atiende a las ideas realmente nuevas y positivas, capaces de poner término a las ambiciones y a las guerras que las envenenan y desangran sin cesar. Si el activismo intransigente cansa, no hay otro camino «legal» que dimitir antiguas creencias y escoger otras de recambio en los «Encantes» de la política, en donde encontrarán extensa variedad.

Precisamente en el borde de la prueba, cuando los pueblos necesitan sin aplazo la emisión de criterios de efectividad humanista e igualitaria, surge el imprevisto de unos compañeros rompiendo la armonía fecundante con sus voces de negación. Contra cuanto se diga, la C. N. T., que ha constatado su presencia en los más difíciles momentos de la España contemporánea, puede afirmar en esta hora suprema su voluntad y capacidad de paz universal y estable. Porque no es verdad que los libertarios españoles seamos broca y cañonazos. Somos pasión y martillo, combatiente por la paz definitiva. No somos videntes, pero nuestras miradas alcanzan mucho más allá de nuestras narices; al revés de lo que les ocurre a los sabios de la

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

España y aún España

« No hagas caso de lamentos
ni de falsas emociones.
Las mejores devociones
son los grandes pensamientos.
Y puesto que por momentos,
el mal que te hirió se agrava,
resurge indómita y brava :
Antes que hundirte cobarde,
estalla en pedazos y arde...
Primero muerta que esclava. »

F. G. L.

Pero alcanzó tu cordura
un dardo de yugo abyecto
y sangra bajo tu aspecto
de solapada impostura
el rubí de la locura.

El mal que te hirió te hiere
y tu carne yerma muere
en soledades sombrías.
¿Qué habrás hecho de tus días
que tanta noche prefieres?

Tú escogiste los lamentos
para curar tus heridas.
Heridas así lamidas
no secan jamás los vientos.
Y vé tú, que sin alientos
tu pueblo aterrido espera
un relumbre en la quimera
y un rescoldo en el rocío.
Tú corazón tiene frío.
No volvió tu primavera.

Y las falsas emociones
desgarraron tus entrañas
y alimentaron patrañas
la carne de tus pasiones.
No curarán las canciones
la tristeza que te asola
ni el delirio que desola
el campo de tus blasones.
Ni curarán los cañones
que apuntan contra tí sola.

Te ahogaron las devociones
en fanguizales de ritos
y se infectaron de ritos
tus absurdas tradiciones.
No hay santo que no pregones
en angustiado misterio,
mientras se abre el cementerio
sin más promesa que sombras.
Las libertades que nombras
no son más que cautiverio.

De los grandes pensamientos
te apartaste y, engañosa,
te fuiste, supersticiosa,
por los claustros y conventos
para perder tus alientos
en palacios y cuarteles...
Ahora revientas tus hieles
en amargas soledades.
Ya escribirán las edades
de qué mal mueren tus fieles.

Que el mal que te hirió persiste
para renovar tus plagas,
y tienen tus miembros llagas
de cristos que nunca viste.
El toro negro te embiste
y mientras sangras, cogida,
cada renuevo de vida
se consume cuando nace...
En tu rojo fango yace
el estertor de la vida.

---

situación, que a pesar de sus majestuosas conferencias no aciertan a salir del atolladero que con sus orines han creado. Con menos pretensiones, los españoles libres le hemos proporcionado a este mundillo severas correcciones. Y si los regidores de la política mundial desdeñan de nosotros por considerarnos pigmeos, aún dentro de esta misérrima condición disponemos de moral para dejarlos tamanitos. No somos orgullosos; no despreciamos al enemigo. Pero tampoco nos despreciamos ante el enemigo.

La C. N. T., grandísimo factor moral y potencia en efectivo, puede suministrar ejemplos de solidaridad y concordia a un mundo que mucho lo necesita. Es ese un valor que supera sus inevitables errores. Pero del destroce de riquezas inmensas, de la acumulación de millones de esqueletos, de la barbarie de los campos de concentración y muerte, del hambre y las enfermedades diezmando a tantísimos seres, la C.N.T. no tiene la culpa, ni tampoco sus tácticas de acción directa. La tienen los rectores de una situación contribuída por todos los sectores menos uno: el nuestro.

No admitimos estar equivocados. En todo caso hay que probar. Son otros los que se despistan, quienes marcan sobre las olas y quienes entran por omisión, en delito de esa Humanidad. Nosotros seguimos firmes en pensamiento, seguros en posición. Nadie nos verá vacilar como vacila el neocolaboracionismo.

Las desviaciones de ayer siempre justificaron su desvío en la necesidad de restablecer —desde el Gobierno— lo que nuestras armas conquistaron en la calle. Ya sobre esto se guarda prudente reserva. Se rasca el disco de la guerra civil que no ha terminado, y la guerra contra el poder reaccionario no terminará jamás si no media en ello una tajante revolución. No se haga ésta, y las apetencias de orden ministerial se hallan justificada para toda la vida. Otras procacidades se vierten que sobrecargan el cesto de las incongruencias. Veamos si con ellas algún hombre de acreditada buena voluntad consigue formular un decente programa.

Resurge indómita y brava.
Despierta de tus cenizas.
Haz de tus miserias trizas
y espárcelas como lava,
puesto que el dardo que clava
el volcán de tus entrañas
hiere sólo las marañas
de tus falsas pretensiones.
Que broten tus rebeliones
denunciando las patrañas.

Que si cobarde y hundida
has visto quemar tus brotes,
no es necesario que agotes
la esperanza en tu guarida.
Te está llamando la vida.
Bésala en la boca y muerde
lo que al negarse se pierde,
lo que al besarse se gana.
Y verás qué luz galana
pinta tus campos de verde.

Primero muerta que ardiendo
en espantosa agonía.
Tú agonizas todavía,
todavía estás perdiendo
el fruto que das gimiendo.
Estalla en amor y ciencia,
purifica tu conciencia
y no mires otras cruces
que aquélla donde reluce
el precio de tu inocencia.

No hagas caso de gemidos
ni de emociones falaces.
Mira sólo lo que haces
con tus amores floridos
y pon tus cinco sentidos
en buscar un pan eterno.
Porque vestir con un terno
la miseria es arrogancia,
y hambrear en la ignorancia
es vivir en el infierno.

Olvida, pues, tus lamentos
y toma, por devociones
con sinceras emociones,
la acción de tus pensamientos.
En tus resecos sarmientos
el mal que sufres no lava
tu corazón y se agrava.
Y antes que seguir vendida
rompe en mil trozos la brida
que te sujeta aún esclava.

Abarrátegui

Francia, 1963.

El topo y...

Ciertos animalos,
todos de cuatro pies,
a la gallina ciega
jugaban una vez.
Un perrillo, una zorra
y un ratón, que son tres;
una ardilla, una liebre
y un mono, que son seis.
Este a todos vendaba
los ojos, como que es
el que mejor se sabe
de las manos valer.
Oyó un topo la bulla,
y dijo: Pues pardiez
que voy allá, y en rueda
me he de meter también.
Pidió que le admitiesen,
y el mono muy cortés
se lo otorgó (sin duda
para hacer burla de él).
El topo a cada paso
daba veinte traspiés,
porque tiene los ojos
cubiertos de una piel.
Y a la primera vuelta,
como era de creer,
facilísimamente
pillan a su merced.
De ser gallina ciega
le tocaba la vez;
y ¿quién mejor podía
hacer este papel?
Pero él con disimulo,
por el bien parecer,
dijo al mono: ¿Qué hacemos?
Vaya, ¿me venda usted?
Si el que es ciego y lo sabe,
aparenta que ve.
Quien sabe que es idiota,
¿confesará que lo es?

...otros animales

Dos conferencias en Casablanca

por Muñoz Congost

Una vez más, al tomar la palabra ante vosotros, queridos amigos y compañeros todos, y esta vez con un tema que no ha de abundar en estampas halagüeñas ni en recuerdos del pasado, busco tan sólo el intercambio de opiniones y a través de ellas el coloquio que nos dé nuevos brios, quiero decir antes de entrar en el corazón del tema, que no traigo hoy ni estadísticas, ni documentación, ni cifras, sino tan sólo digresiones, razonamientos, explosion de esa inquietud que nace en todos nosotros de esos interrogantes que nos hacemos cada uno a solas con nuestra conciencia y nuestra reflexión.

Datos, documentos, quedan para la multitud de libros y folletos que están a disposición de todos. Hablar de la barbarie del franquismo, analizarla y mostrar con pruebas fehacientes su sinrazón y su salvajismo, otros lo hicieron y doylo por sabido.

Quiero, pues, repito, que mis palabras sean expresión de inquietudes y afirmación de actitudes, divulgación de las preguntas y respuestas que a mi mismo me hago; quiero confrontar mi opinión con vuestra opinión, pulir ideas. Y si no sirvieran mis palabras más que para encender un debate, como si tan sólo fueran para despertar una inquietud daríame por satisfecho.

I

CON cinco lustros, casi veinticinco años, que terminó la contienda cruda y devoradora de vidas que tuvimos que sostener los hombres que amamos la libertad, la dignidad del ser, contra la coalición bien alimentada de los eternos enemigos del progreso, las fuerzas de la regresión social, los defensores del bastión de los privilegios encubiertos bajo el manto de la tradición.

En las cárceles, en la clandestinidad o en el exilio los hombres de aquella generación vivimos el pasar del tiempo amargo, con el esfuerzo digno pero insuficiente de potencialidad, ante la clara pasividad de un mundo que quiere ser extraño, a la difícil realidad de una crisis de alcance mundial.

Con el dolor en el cuerpo y en las almas, parece que nos estrellamos contra la impenetrable maffia de los intereses creados en torno a los vencedores de ayer, aprovechadores siempre de la intrincada situación creada por un conjunto de hechos cuyo resumen en la permanencia de esa monstruosidad jurídica, social y humana que es el régimen español actual.

Y cuando nos dedicamos a realizar un análisis sincero de las razones, de los motivos, de la razón de ser de esa sinrazón que es el franquismo, los más de las veces, nos detenemos a los primeros pasos, como temerosos de encontrar al lado de los factores extraños a nuestro pueblo... algo más propio, cual dedo acusador que nos señala a todos y a cada uno de los que nos decimos interesados en el fin de lo que consideramos como crimen contra nuestro propio pueblo.

Si el hombre que vive la tragedia en el suelo mismo que vio consumarse la traición a la libertad, que ha sufrido en su carne el rigor criminal de la represión, vaciló quizá antes de lanzarse de nuevo a un combate oscuro a la lucha desigual, sintió sin embargo, que podía más en él la realidad infamante que los temores personales y le vimos una vez más en liza, en esa palestra de las sombras que es la conspiración clandestina, ampliando sus relaciones, buscando los contactos, reorganizando lo que quedara desgraciadamente esparcido a todos los vientos.

Y al sonar de determinadas circunstancias internacionales, cuando en el escenario de todos los países, repicaban alegres los sones de una pretendida marcha triunfal, una ola de esperanza vino a entusiasmar su corazón, creyendo una vez más en la posible nobleza de las palabras que otrora se oyeron en el foro de los debates internacionales.

Fue traicionado otra vez, de nada valió la aportación de aquellos que hermanos en la tragedia, lanzáronse aún amargados por un exilio sucio de negativas, a ayudar a los que bajo todos los horizontes combatían a las fuerzas que fueron la coalición triunfadora en España. Las promesas sólo fueron promesas, vacías de contenido y de realidad... y el régimen español que esperó con inquietud el fin de su permanencia, vio abrírsele un ventanuco ridículo por donde respirar.

No neguemos que el enano de El Pardo y sus cómplices, supieron aprovechar de todas las contingencias, de todas las circunstancias, de todas las perchas que se le tendieron para agrandar ese ventanuco, que es hoy espaciosa portada por donde entró con todos los honores en el llamado mundo de las naciones.

Escasísimos fueron quienes les volvieron la espalda. El mundo internacional financiero supo conocer dónde estaba su más firme bastión y los cuervos de la Banca Internacional comprendieron cuál era el mejor terreno, el más abonado, el más propicio para su apetito voraz y usurero y sus tentáculos poderosos, crearon alrededor del régimen anacrónico español vasta red de intereses portentosos, afianzando una economía en bancarrota con las aportaciones masivas de capitales de colores y pro-

cedencias distintas, pero con el mismo hedor nauseabundo del oro que huele a sangre y carnes explotadas.

Y aquel hombre, volvemos a él, aquel combatiente de las sombras ibéricas, hubo de volver a empezar, con el peso de los años sobre sus espaldas, con el lastre de una enorme desilusión, venciendo el inevitable desaliento del que se sabe solo en su lucha de titanes.

Con amargura capaz de descorazonar a cualquiera, vio a pretendidos representantes de su lucha, con flamantes títulos oficiales de algo que no existía (gobiernos, parlamentos, etc..., de la cenicienta de las repúblicas), mendigar en los pasillos de los salones de la diplomacia, que se escuchara, que se ayudara, que se le limosneara esa libertad por la que el hombre de la calle no dejó de luchar, de mantener un combate que ellos, los prohombres llamados representativos, negaron siempre en la cómoda esfera, de la acción internacional que les abriera de nuevo las puertas del ansiado poder político.

Al correr de los años, aquella generación de hombres adultos vio ante ellos al fantasma de los años y la juventud vigorosa que se sumó a la gesta, son hoy cohorte de hombres maduros.

Y durante tiempo y tiempo, la amenaza pavorosa de su anulación sin dejar tras ellos nuevas huestes de hombres dispuestos, fue como una sombra de tristeza en la realidad española.

La juventud del país, traída y llevada con habilidad suma por los detentadores del poder dictatorial, parecía sorda a la llamada angustiosa de la tragedia de todo un pueblo.

Diríase que habíase esfumado en la niebla gris de la indiferencia, aquel vigor revolucionario de la juventud española, y que para la muchachada de las calles de nuestra tierra, bastaba el poco de pan y el mucho circo de la vida nacional.

Afortunadamente no es así. Nuevas generaciones que quizá sólo conocimiento precario y si erróneo tienen de la gesta española de 1936-37, que tienen posiblemente el retorno de un escenario de violencias y piensan no sin cierta inquietud en el duende fatídico del comunismo, que la propaganda oficial enarbola como espantajo, en las escenas de sangre, brutalidad y salvajismo que más de veinte años de mentira sembraron en las almas juveniles. Pero que frente al fuerte acompañamiento de orquesta de esa propaganda negra de embustes, ven la triste y sombría realidad de un país, privado de sus libertades más elementales, aislada moralmente de un mundo que puede pensar, lo que a ellos les está vedado. Y esa juventud riente en lo más profundo de sus sentimientos alza el grito de una rebeldía ante la injusticia, ante el abuso, la mentira de una propaganda y la negra verdad de una situación que salta a sus ojos a todas las horas.

Rebeldía consciente, falta quizá de bases sociales, pero de firmeza en el propósito, es cosa de esa formación social que le siguen, pero dispuesta a llegar a algo que no alcanzan a discernir, que se esfuma como fondo impreciso, tras de la claridad del primer plano del combate, del objetivo primero: terminar con la dictadura.

Juventud obrera, juventud estudiantil, cada cual a su modo y manera, la historia de los hechos españoles en estos últimos años, nos muestran de manera fehaciente el resurgir de la personalidad hispana.

Y aun cuando la voz se ahoga, en el tintamarre de las orquestas oficiales, paso a paso, la luz va mostrando la ineludible necesidad de terminar con una situación, que si bien pretende prolongarse con modestas y pobres concesiones, obligadas y forzosas, el clamor de la calle intenta, a la vez, buscar nuevas bases, nuevas modalidades de su supervivencia.

Y el suelo español comienza a caldearse, con amenazas de incendio. ¿Son promesa firme? Falta de voluntad en los hijos de la fiera Iberia, no ha de ser. La voluntad frente al aparato represivo inmensamente frente del régimen, la lucha aparece desigual... y el escenario sigue estando reducido al suelo peninsular, ya que la indiferencia o el silencio de los horizontes de afuera, prometen poco, por no decir nada.

¿Y qué decir de las fuerzas que el exilio esparciera por todos los ámbitos del globo?

El examen es quizá más descorazonador que el de los hombres que en nuestro suelo siguen.

Ese exilio que fué mortal de ilusiones, lleno de amarguras, de silencios despreciativos.

El refugiado vive, durante muchos años y en muchos lugares, convertido en el paria, en el apestado, el indeseable, el leproso social, al que se le rechazaba, al que se aislaba sin conocer, al que se condenaba sin escuchar, era... esa «lie de la terre» (1) de que Koesthler nos habla.

Campos de concentración y de muerte lenta, trabajo de forzados en confines desérticos, hambre material y hambre moral... desesperación de la impotencia para gritar al mundo nuestro desprecio.

Y cuando nuestra voz y nuestra voluntad se oyó, fue para lanzarse de nuevo, esta vez llenos de ánimo y habiendo olvidado lo sufrido ayer, por combatir a los que fueron grandes aliados del triste Caudillo.

Todos los campos de batalla se regaron con sangre del exilio español... ¿Para qué? diremos. Si nuestra aportación, por modesta que fuera, pero no menos entusiasta, fue un grano de arena, en el todo de la guerra brutal contra la barbarie, lo fue bien en verdad de arena por que ningún fruto diera, en el logro de nuestras ilusiones.

Si cambió en parte la situación del exilado, en tanto que hombre del exilio; si su condición fue mejor, esa situación de cada uno y sólo de cada uno en tierra extraña... con efectos quizá contradictorios para el gran objetivo, pues la casi normalización de una situación social, creando un nuevo ambiente, amenazaba la solidaridad, la consistencia maciza de todo que era ese «Exilio antifascista».

Queramos o no, hemos de coincidir en que esa normalización de situaciones personales, creó una disgregación parcial de la fuerza del conjunto, salvo en algunas y honrosas excepciones, en que la

(1) Hez de la tierra.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

voz de la realidad, la llamada de la sangre, mantuvo y mantiene en pie, quizá en modestas proporciones, pero mantiene en pie las organizaciones revolucionarias españolas.

Y aún en el seno de ellas, es preciso que la conciencia del deber nunca cumplido, no mantenga, sino incremente el esfuerzo que coaligado con ese otro esfuerzo del hombre del Interior, coordinado y valiente, haga la lucha más violenta, más cruenta, más eficaz por la consecución de unos objetivos que hemos dicho no abandonar.

Y así nos encontramos, cuando vemos que han pasado ya veinticuatro años de supervivencia de un régimen, al que muchos no le daban más allá de cuatro o cinco a lo sumo.

Los hombres políticos de ese ayer viejo re veinticuatro años, siguen en sus simbólicas posiciones impotentes y esperando que alguien venga... soñando hoy como ayer... en ese regreso triunfal... haciendo algunos las extensas cuentas que cifren el montante de las indemnizaciones por los años de cesantía de numerario... en el crecer de estrellas en la bocamanga... cual si el futuro de nuestro pueblo pudiera hacerse con arrugas de senectud y cayados en que apoyarse, en pretendidos viejos valores y más viejas

La supervivencia ilusoria de instituciones que fueron, y que como muy bien señala Elena de la Souchière en uno de sus libros «nunca fueron en realidad instituciones españolas...», es una muestra más de la incompetencia social y de la falta de visión política de estos prohombres.

El argumento inexistente de puro gastado que supone decir que ello representa permanencia de la legalidad republicana, ¿de qué sirvió?, ¿a quién convenció?, ¿de qué legalidad se trata? Si es de la legalidad internacional, poco vale ese mantenerse de pobres organismos, frente a la realidad incontestable de la participación del Estado franquista en todos los organismos internacionales... Que de vez en cuando una puertecilla se abra en un despacho de tercer orden del mundillo político para recibir durante diez minutos a uno de esos pretendidos representantes de la «legalidad republicana», es poco contrapeso, a la presencia vergonzosa de los hombres del franquismo, de esa farsa legal de los grandes organismos como las Naciones Unidas, como unos más en ese carro inmenso de quien dijo uno de nuestros poetas en el exilio:

«No son Naciones Unidas,
son las gregarias uncidas
al carro del Poderoso.»

Al lado del «flamante gobierno de la legalidad republicana», a cuya sombra se comió y bebió de fondos que muy bien pudieron ser utilizados en su lucha que siempre rehuyeron, otros organismos nacieron, crecieron y murieron, a lo largo de los largos años de exilio.

Fruto, las más de las veces, de la ambición de un sector o partido.

Retratos fieles a las apetencias de otrora, de los deseos desenfrenados de supremacia de unos y otros, su efímera vida fue siempre la más fehaciente prueba de su carácter artificial, despojado de toda visión realista del escenario español.

Coaliciones de hombres representativos de diversos partidos, partos y convenciones en las cumbres pobres de la política de salón que siempre llevaron, extensión de esas fantasmagóricas coaliciones hasta reputados enemigos de la libertad con novísimo manto de redentores de etiqueta flamante.

Toda la escala de concesiones, de mendicidades políticas, de combinaciones extravagantes, se ha recorrido en la rebusca improba de la llamada «solución incruenta», ilusorio puente de flota que nos devolviera una España, para ponerla de nuevo en manos de aquellos que fallaron en las horas de peligro.

Hoy, al calor de nuevos entusiasmos, cuyo origen explicamos, por el fenómno de la periodicidad de ilusiones y desilusiones, una Alianza de Fuerzas Antifranquistas volvió a surgir del cerebro de los hombres liberales. ¿Y qué? Que al nacer, ya se manifestó en ella una inversión en el orden normal de las cosas. Cómo ha de ser España, antes de conseguirla.

El objetivo fundamental, la liberación, sigue siendo punto secundario y precedido de la forma de las instituciones políticas, es decir, del contrato que asegure las poltronas.

¿Qué piensa de ello el pueblo español? Dudamos que se hicieran alguna vez esta pregunta los grandes hombres de la política española. Pero si se la hicieran queremos creer que prefirieron dejar la incógnita de esa opinión, por considerarla de poca monta.

El desprecio a la realidad española es la característica fundamental de nuestros políticos. Tomando sus ambiciones como artículo de ley. No alcanzando a concebir que estos veinticuatro años pueden haber cambiado en un todo el ambiente y el clima social de nuestro pueblo, pretenden, más fuertes aún que el Cristo de las leyendas, resucitar el cadáver de aquella República de 1931, Lázaro hecho polvo.

Cual si la lección de la historia no les hubiera demostrado que esa importación «Made in Europa» de la República Democrática fracasó en las dos ocasiones en que quiso acomodársela a la salsa ibérica, sigue erre con erre en su machito político.

Cual si las lecciones de la Historia, repetimos, que nos muestran una península pletórica de energías, de realizaciones forales y comunales, orgullosa de sus federaciones de la personalidad de sus pueblos, con una legislación social más vieja que la de cualquier país del mundo, no mostrara bien a las claras cuáles han de ser las modalidades de una verdadera convivencia social, basada en la individualidad hispana, en sus comunas, en sus grupos de producción.

(Continuará.)

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

(CONTINUACION)

Comprobamos que hubiera sido un error indisculpable condenar a este sujeto al ostracismo para siempre, a muerte moral e intelectual, alejándolo del medio que no quería abandonar, que estimaba y estima, que formaba y continúa formando parte de su propia vida, que lo necesitaba y necesita para continuar viviendo. Y acertamos, porque su obrar normal, después de los años transcurridos, es el mismo de antes de ejecutar sus malas acciones : el de un hombre trabajador, activo, razonador, amante de su nueva esposa, solidario, sensible, bueno, dicho en un apalabra. Los factores psicológicos negativos amenazaron hundirlo moral y mentalmente para siempre, pero otras reacciones psicológicas — con menos intervención de las fisiológicas — positivas lo salvaron devolviéndolo a las actividades humanas constructivas. ¿No fue aconsejable y más acertado, preferible, en fin, desear y esperar la rectificación o enmienda de la conducta del mismo que anhelar se perdiera, totalmente, un valor social, humano e intelectual?

Hemos podido comprobar que hasta en los peores casos los individuos humanos con buena voluntad, aunque ignoren que la poseen, pueden salvarse de la degradación luchando, con denuedo, por observar una mejor conducta, rectificándola y superándola sobre la marcha, hasta ocupar, gracias a su empeñoso y noble comportamiento, elevado nivel psicológico y social, la superior altura moral que desean que no hubieran alcanzado sin valor auténticamente humano.

Mucho queda por hacer, en medio de las sociedades humanas, en sentido ético y psicopedagógico. Es lamentable que hasta entre los sujetos que se creen más evolucionados a muchos, a demasiados de éstos, les importe más el triunfo de sus personas, de sus estrechos criterios personales, que el de una verdad cualquiera. Aunque ésta, por mucho que moleste a los mediocres, no los precisa, ni a nosotros tampoco, para prevalecer : se abre paso por sí misma dejando a las cosas y a cada persona en el lugar que le corresponde.

Podríamos hacer aquí punto y final, pero nuestra conciencia decide continuar hablando sobre las divergencias existentes entre algunos defensores del determinismo y del indeterminismo. Considerándonos, generalmente hablando, mejores y más acertados los unos que los otros, nos resistíamos a ver y a creer, contradiciéndose los hechos con las palabras, que una verdad no se debe, entera, a una sola persona como da a entender más de un sujeto al referirse a un hallazgo científico como si fuera propio.

Por otra parte, no se tiene en cuenta que todos los individuos humanos hemos cometido errores — y los cometemos — torpes y maliciosos unos y otros sin pensar que contenían todo el mal que los demás pusieron en nuestras acciones. Cuanto de malo hemos heredado e impuesto por la milenaria mala cultura del mundo autoritario hemos de extirpar de la naturaleza humana.

Lo más sencillo, agradable, noble, significante y constructivo es acercarse unos individuos humanos a otros, y juntos, tolerándonos, en buena armonía social, contribuir a nuestra mutua superación intelectual y moral, sobre todo, y cooperar en la búsqueda de una verdad de cualquier clase con ahínco y buena voluntad. En vez de conducirnos de este modo cordial y comprensivo, el mejor, el más moral, particularmente entre afines en ideas y sentimientos, las actitudes voluntarias ofensivas, repelentes, destructivas, nos distanciaban más y más y las rencillas y los odios necios aumentaban a la par entre deterministas e indeterministas. ¿Pueden algunos deterministas negar que así obraban, en forma deliberada, materializando la concepción voluntaria, psicológica y social de carácter negativo? No pedimos que nos contesten con ciertas reservas o con reticencias, a medias, con la verdad entera, sinceramente, o con la mentira. Más que las palabras importan los actos. Preferible sean éstos que hablen por unos y por otros, en todos los individuos humanos de pensar y sentir libres dispuestos a elevarse moralmente.

Obvio es señalar que no pretendemos herir la sensibilidad de los sujetos que sostienen ideas opuestas a las nuestras y menos a los que actúan en nuestro propio campo ideológico; pero sí proclamamos, sin podernos contener, con todas las fuerzas de nuestro ser, que hemos de cesar de colocar nuestro pobre amor propio por encima del amor que nos debemos los unos a los otros. Es el gran mal que sufre la humanidad : carencia de amor universal.

Abraham Lincoln tuvo bastante razón cuando dijo :.« Un hombre no tiene tiempo de dedicar la mitad de su vida a rencillas. Si un hombre deja de atacarme jamás recordaré su pasado para hacerle daño. » Ciertamente, es impropio de hombres cuerdos, cabales, sensibles y evolucionados porfiar en la actitud de mantener enconos. Sin embargo, las palabras de Lincoln, aunque son un llamado a la sensatez contienen amenaza, y no lo salvaron de morir a manos de un sujeto fanático opuesto a su política.

En el terreno social, psicológico y humano tenemos que ir más allá de las expresiones y de las acciones que responden, casi solamente, a temores,

a cobardías o a « conveniencias » políticas momentáneas raras veces bienintencionadas : no amenazar y tampoco suprimir moralmente — en ciertos casos es la peor de las muertes —, intelectual y menos físicamente a otros hombres porque no comparten nuestras ideas; defendernos de las violencias autoritarias luchando, sin transigencias de ninguna clase, contra las causas que las producen en mayor o menor grado : los regímenes de explotación y de dominación del hombre por el hombre que se oponen, con todas sus fuerzas, por democráticos que se llamen, a que los seres humanos, particularmente los trabajadores, se emancipen de todas las tiranías y de todas las servidumbres; defender, porfiadamente, nuestra verdad de carácter cósmico-humano : la ética universal inspirada en las leyes naturales y de sociabilidad; en las estrictas e inalienables necesidades biológicas y psicológicas de nuestra especie; proseguir insobornables e impertérritos por el camino limpio de la tolerancia y del amor, de la cooperación y el altruismo eliminando los privilegios inmorales, porque perjudican a la inmensa mayoría de nuestros semejantes, estableciendo la igualdad de derechos y deberes en la vida social, económica y cultural de acuerdo con las peculiaridades físicas, psíquicas y mentales de cada individuo humano; luchar, en fin, por establecer la sociedad libertaria, la más moral, la superior, la aconsejable, porque en su seno se permitirá al prójimo que goce el bien que para nosotros queremos o en la medida de sus particulares necesidades y de las posibilidades de la sociedad.

Las pocas bienintencionadas personas que actúan en el campo político debieran convencerse que nada bueno puede realizarse sirviendo a la sociedad autoritaria que engendra y alimenta los estímulos egoístas mezquinos, negativos, destructivos para mantener la lucha de uno contra todos y todos contra uno haciendo de toda la superficie del planeta Tierra campo permanente de batalla, de guerra entre los hombres y los pueblos.

El uno para todos y todos para uno, principio moral cimero, el más noble y elevado que hoy, como en todas las épocas, es practicado, en el grado de lo posible, entre los miembros de las familias bien avenidas, sólo podrá establecerse y practicarse en las sociedades humanas destruyendo, hasta sus cimientos, a la sociedad actual político-religiosa que basándose en el principio de autoridad se opone a que se inicien y se generalicen los buenos comportamientos sociales y humanos inspirados en el principio de libertad.

Vengan los incentivos psicológicos superiores engendrados por noble y tesonera competencia individual y colectiva en todos los campos del saber y del trabajo, en todas las actividades económicas, sociales, humanas, estéticas, morales, tecnológicas y científicas practicando la ayuda mutua, la colaboración generosa, la solidaridad y la equidad que contribuirán al bien de cada uno y de todos nuestros semejantes de no importa qué raza, idioma y color de la piel.

Estamos convencidos, absolutamente, de que hacer lo contrario en la vida social es tiempo mal empleado sobre todo teniendo en cuenta lo brevísimo de nuestra existencia orgánica y consciente. Cuán pocos individuos humanos pagan, en el curso de sus vidas, algo siquiera de la enorme deuda de gratitud contraída con las generaciones que nos precedieron por legarnos inmensos bienes que un gran número de sujetos disfrutan inmerecidamente. ¿Por qué no resuelven aportar la parte que puedan de buen legado biológico y cultural y luchan por la libertad y el bienestar de las generaciones que los sucederán de las que formarán parte sus propios hijos, sus nietos, biznietos, etc.?

Pocos son los adultos normales que se detienen a pensar que el futuro de paz efectiva, integral, que ponga a salvo a sus propios descendientes de la injusticia social y de la muerte, de la guerra atómica, depende de lo que ellos mismos hagan, urgentemente, en el presente que está exponiéndolos al peligro de destruirlos si permanecen inactivos.

Es lamentable comprobar que el mayor número de nuestros congéneres desaparecidos del mundo de los vivos sin haber aprovechado la oportunidad de embellecer sus vidas con buenas acciones que despiertan, sin proponérselo, con naturalidad, la simpatía y el amor en sus semejantes y la fe en un futuro mejor de la humanidad. Esta se salvará y será feliz cuando todos o la mayoría de los individuos humanos sintamos amor por nosotros mismos sin que signifique narcisismo ni el más mínimo egocentricismo : amor a nuestra propia especie, que es nuestra mismo razón de ser y de amor a los demás como a si mismo, amor a la vida.

Sobre los pensamientos y sentimientos expuestos nada nos han dicho los mecanismos del inconsciente, aunque aquéllos los expresamos sirviéndonos de éstos. No coincidimos, pues, con los **conductistas**, que dan casi únicamente importancia a lo inconsciente, rechazando que la mente pueda influir en los movimientos y en los actos del hombre, y niegan la existencia de la conciencia y de la voluntad.

Ignoramos hasta qué punto dirán los lectores, profanos y especializados en psicología y psiquiatría, que nos proyectamos al referirnos a las polémicas entre deterministas e indeterministas. No nos preocupa cómo puedan interpretar cuanto hemos manifestado hasta este momento. Es nuestra conciencia la que habla sin reservas. Y seríamos inconsecuentes, con nuestra forma de pensar y sentir si silenciáramos lo siguiente : que decepciones y pesadumbres angustiosas, demasiado prolongadas, agudas, dolorosísimas experiencias psicológicas y sociales, que creíamos casi imposible de superar, las hemos vencido limpiando completamente de rencores nuestras mentes y nuestros corazones. De desear es que todos nuestros semejantes decidan satisfacer esta necesidad moral como la satisface el que escribe y otras personas que quieren recuperar y fortalecer su salud psíquica y mental.

La persona que realiza a fondo la precitada profilaxis psíquico-mental se siente mejor, en seguida, como si un bálsamo bienhechor invadiera totalmente su cuerpo. Hasta le parece ver, penetrar y comprender mejor, con más lucidez que antes, las cosas y los problemas individuales y colectivos. Observad al sujeto que lo logra, relativamente hablando, y comprobaréis, como lo comprobamos nosotros,

que experimenta profunda satisfacción al verificar que en la batalla librada en su propio cuerpo entre lo bestial heredado que pretende predominar desde el inconsciente y lo consciente humanizado éste gana el combate que significa el triunfo de lo adquirido por el hombre, la victoria de la buena cultura.

Del pasado, cercano y lejano, tengamos en cuenta los aciertos y los desaciertos de toda clase, todas las enseñanzas, las buenas y las malas, aprovechando las primeras para fortalecer la conciencia y la voluntad libertarias. Y decidámonos, rotundamente, a no transigir con lo inaceptable y reprobable por nocivo, a favorecer la continuidad de lo comprobado, mil y más veces, como viejo e inservible o erróneo. Pese a todo, hasta lo malo, como el autoritarismo, tiende a permanecer y estorba al progreso constructivo. Tengamos ánimo, valor humano para esforzarnos por realizar lo nuevo mejor que ayer no supieron, no se atrevieron o no pudieron hacer nuestros semejantes más evolucionados y buenos. Carecer de aquél significa estar faltos de lo que da al sujeto verdadera, clara e inconfundible categoría humana: recia personalidad progresiva.

Todos hemos de esforzarnos por alcanzar el nivel psicológico superior, el estado de serenidad humanísima y constructiva capaz de contribuir a terminar con las causas fundamentales de las desarmonías entre los hombres. Lamentemos que muchos, demasiado sujetos, continúen manteniendo los defectos y los prejuicios del mundo autoritario que combatimos, por ser guerrero, inhumano, injusto y cruel; pero no los imitemos contestando al rencor con rencor, al odio con más odio, y menos entre los verdaderamente afines, pretendiendo justificar esa mala conducta diciendo que « pagamos con la misma moneda ». El fuego del rencor y del odio consume primero a los que se colocan en medio del mismo alimentándolo, torpemente, con elementos de su propio ser. No nos dejemos arrastrar por las tendencias destructivas y por el odio. Este tortura y desequilibra, deshumaniza al sujeto, y nosotros perseguimos contribuir a superarlo y a organizar una vida social humanizada, más equilibrada y justa que la que nos obligan a vivir en el presente minorías de sujetos tiránicos.

En este desahogo de la emoción, de la sensibilidad humana y de la conciencia, encauzado por la mente, aparece la voluntad como determinante de la conducta que decidimos seguir. Nos damos perfecta cuenta de que nuestro dinamismo psicológico no ha entrado en actividad debido a un proceso natural interno originado, totalmente, por la fuente dinámica que constituye la herencia psíquica recibida. Esta es una realidad, pero sólo parte de la verdad psicológica. Sentimos y pensamos que nuestros dinamismos superiores débense mucho más a la realidad psicológica consciente y a los factores afectivos que a los mecanismos del inconsciente. Tenemos plena conciencia que nuestros actos no se deben completamente, como opinan algunos deterministas, a simples y previstos — cuando tanto de imprevisto nos ocurre y sucede en nuestro derredor provocando en los sujetos nuevas y distintas reacciones psíquicas y mentales — procesos fisiológicos o neuromusculares, que obramos movidos, en particular, por valores que reconocemos intelectualmente tomados, en gran parte, del exterior y por los que experimentamos simpatía, indiferencia o aversión.

¿Que probemos, científicamente, cuanto decimos? Ya manifestamos, varias veces, que no somos científicos. Algunos de nuestros contradictores, que transcriben y comentan viejos artículos dedicados a hallazgos de la ciencia, se lo callan : silencian si son o no científicos. Por nuestra parte, opinando por nosotros mismos, al respecto hemos dicho — y continuaremos diciendo unos años más — bastante, sin haber sido contestado, en otros artículos publicados en CENIT sobre la psicología y la conducta humana, y no queremos repetirlo. Pero sí podemos decir, usando la misma terminología utilizada por los deterministas estáticos, que por muy científicos que éstos sean, difícil — por no decir casi imposible — les será negar que todo efecto es verdadero, que expresa algo real, evidencia su existencia aunque no podamos determinar su relación causal o las propiedades de un fenómeno psicológico que se inicia siendo todo impresión, sensación y emoción, vida afectiva que influye en la conducta del sujeto. La influencia moral e intelectual que ejerce en éste es la prueba misma de que existe. Por haber pasado — y registrado — por estos procesos psicológicos, que van ligados a los fisiológicos, damos tanta importancia a la experiencia sensible.

Nuestra actitud actual, que es el esfuerzo que cuenta en marcha hacia el futuro mejor de la humanidad, corrobora las palabras que acabamos de escribir y las ideas que expresan : es también el afecto, el amor mismo que experimentamos por nuestros semejantes el que nos hizo sentir, hace unos pocos años, la necesidad de hablar y escribir, durante todo el tiempo que fuera preciso, en la medida de nuestras posibilidades mentales, sobre cómo lograr el sujeto una conducta mejor.

Nunca habíamos intentado tratar los problemas de la psicología y la conducta humana con la continuidad del presente por lo arduo y complejo de los mismos, por carecer de los conocimientos necesarios y de la serenidad nerviosa adecuada y, en gran parte, por el temor de herir, por consiguiente, la sensibilidad — por amor asimismo — de nuestros contradictores. Para iniciar esta necesaria tarea, en la que debieran tomar parte más número de nuestros semejantes, no nos bastaba que nos tocaran al amor propio y a los residuos de vanidad que pudiéramos tener. No contestábamos a ciertos críticos perseverantes a pesar de que, por no hacerlo, ellos y otros lectores amigos, alrededor de las mesas de café, nos tomaban por mucho más ignorantes de lo que somos. Sin embargo tenemos que confesar que nos agradaría, de todo corazón, ser los sujetos más ignaros del mundo por considerar que siendo los demás semejantes más inteligentes y buenos que nosotros no existirían ya entre los seres humanos antinaturales e inmorales clases privilegiadas y guerras.

Tenemos la plena convicción de que tanto la posición que adoptamos en el mundo de las ideas co-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

mo la adoptada por los deterministas, opuestos a la concepción voluntarista, debiéndose, a nuestro entender, lo comprendan o no aquéllos, a valores afectivos e intelectuales no pueden apreciarse, comprenderse y ser explicados, cabalmente, por medio de las reacciones bioquímicas y fisioelectricas, es decir : por los procesos inconscientes, mecánicos, puramente anatómicos y fisiológicos, como alguien ha dicho. Estos son elementos y factores fundamentales o vitales, pero las respuestas que al respecto demos deterministas y voluntaristas se deberán a los elementos de libertad que aporta nuestra personalidad autónoma consciente teniendo a la conciencia por guía del comportamiento.

Una noticia espantosa nos ha exaltado, rebelado y sacudido de pies a cabeza por la impresión de horror que nos ha producido. Comprobamos nuestra tesis con este hecho mismo : antes de valorarlo intelectualmente lo valoramos emotivamente, es decir, con los elementos espontáneos de la emoción. ¡Asesinos!, gritemos, sin palabras, desde lo más íntimo de la conciencia.

En este momento, domingo, 18 de agosto de 1963, acabamos de leer, en la prensa de México, que el día anterior, en la prisión de Carabanchel (España), dos jóvenes libertarios, por el hecho de serlo, por no negar que aman intensamente la libertad, fueron asesinados por medio del cruel garrote sin siquiera haberlos enjuiciado públicamente.

La indignación no nos permite extendernos en consideraciones sobre tan monstruoso crimen cometido con alevosía, premeditación y ventaja aplastante por un régimen de gobierno que pretende revivir la Edad Media hasta usando uno de los instrumentos con el que en aquella ominosa noche milenaria que sufrió gran parte de la humanidad los sayones de la Iglesia aniquilaban a los defensores de la libertad.

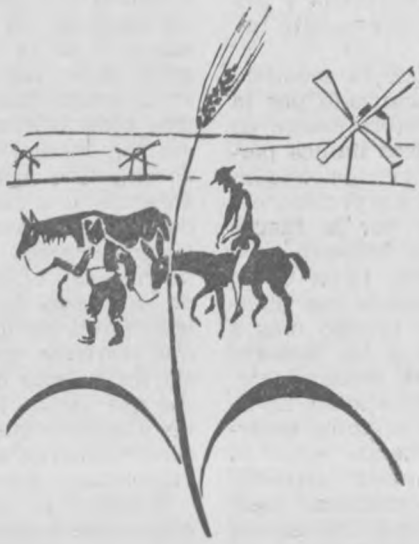
El recuerdo de los caídos permanecerá en nuestros corazones, que sangran invadiéndonos un inmenso pesar al comprobar con cuánta sangre generosa hay que regar la semilla de la libertad para que germine, arraigue hondamente en el terreno humano, crezca robusta, florezca y sus frutos logren ofrecer el bienestar integral que merecen disfrutar, por igual, todos los miembros de nuestra especie.

Los jóvenes libertarios, que han sido sacrificados por el régimen franquista, nos hacen pensar en los voluntariosos compañeros de ayer y de hoy, en los que desaparecieron y en los que continúan en pie luchando por hacer triunfar la Revolución social libertaria, emancipadora, en España y en todo el mundo. Y al recordarlos profunda emoción nos embarga que conmueve todo nuestro ser psicomático, produciendo, además, abundantes elementos afectivos, sensible, morales y mentales que no podemos contener, ordenar y expresarlos con letras en el papel, pero sí podemos decir que, en este instante, dinamizan la actitud espontánea y libre que adoptamos ante el problema pro o contra de la existencia de la voluntad y de la conciencia frente a cualquier situación vital que vivamos o deseemos vivir.

Sentimos desbordar en nosotoros el agradecimiento y el amor hacia los precursores de nuestras sublimes ideas, hacia los libertarios íntegros que nos precedieron y hacia los que prosiguen, impertérritos, defendiéndolas en todos los terrenos. Y comprobamos que en este momento de honda emoción afectiva, sensible e intelectual, de inenarrable tensión emocional, es nuestro ser todo el que vibra, se conmueve, protesta, se rebela y habla y no sólo el cerebro, es decir, un órgano determinado.

F. OCAÑA

(Continuará.)



Discurso del hombre libre

III

LAS cosas que yo profundizo son realidad auténtica, y decirlas de la forma que nacen en el raciocinio, es un deber que me impongo.

Deseo que me comprendáis, meditando mis pensamientos en su fondo. No deis en creer que yo expreso ideas contradictorias, aunque a veces tengan apariencia de ello. Y si me juzgáis loco, yo por cuerdo me tengo. Estoy satisfecho de hablaros ante la verdad vista por mí a través de los hechos de los hombres en los tiempos pasados y en los presentes. Cambiaron aquellos de expresión, de fórmula a veces, pero nunca en su substancia. Yo sé que serían mejores los hombres si la luz clara del espíritu bueno y digno viniera a su conciencia. Empero, también sé de las causas por las que no es así; y os las digo.

Os hablo de une necesidad venida de la parte más noble y sana del sentimiento. Y de una realidad dolorosa. Dolorosa, pero innegable.

Oíd, pues, y de lo que oigáis, juzgad. Si coincidís en que acierto, procurad de conciencia y de cerebro modificar según la forma que señalo, que vosotros veréis como la luz llega. Y si habláis pensando que no es así, demostrádmelo. Pienso que coincidiendo muchos conmigo, dentro de vosotros, con la palabra me combatiréis y con los hechos también. Porque escrito está : « Ninguna cosa podrida deviene sana ».

Yo os digo : la redención de los humanos no será tal, aunque se diga haber redención. A unas palabras se sustituirán otras palabras diferentes. A unos conceptos otros conceptos. A unas costumbres, otras. Pero la costumbre de esclavizar no estará terminada y las cosas, en sustancia, seguirán lo mismo acompañando en su marcha a los siglos, hasta el día en que los hombres comprendan, y busquen y hallen la **Consciencia.**

Empero, es preciso luchar, porque lo antagónico, naturalmente se enfrente. Es preciso tener fe, porque la fe ayuda a luchar. Yo concibo la fe como arraigando por algo noble que en conciencia sana, dará superación y estímulo. Si es insana por causas de ambiente o de forma de ser espiritual, entonces la superación resulta falsa, por ser utilizada con fines convencionales, no deteniéndose ante el daño hecho a los demás.

Es preciso esgrimir el flagelo de la diatriba cuando hay hechos que lo merecen.

Es preciso imponerse un deber por la Justicia y por el Bien, cuando el mal y la injusticia son elemento rector de la marcha social.

Por eso hablo de la esperanza y llamo a los hombres de buena voluntad, para que cojan el camino de la verdad, en busca de un sistema donde los hombres sean mejores y donde la libertad sea. Os digo de la verdad según yo, porque la verdad única no se ha manifestado. Al sentir nosotros la verdad, la sentimos como nuestra, según fue educado nuestro cerebro, según nuestro espíritu la forma. Yo estoy seguro de que mi verdad es cierta y superior, y por eso la propago. Ella me impulsa, y la ofrezco a los demás.

Os dije que necesitáis guías, en tanto no tengáis independencia de cerebro y de espíritu. Entonces, la esperanza será aquello que se cree. Pero mientras, la esperanza es ramera que se finge mujer honrada.

Por la esperanza, el Pueblo de Israel atravesó el mar bermejo y el desierto. La Tierra de Promisión era tierra de bienestar y de abundancia... Y no resultó tal, porque los hombres que le guiaron la hicieron estéril con su maldad.

He aquí la causa de todo mal social : el hombre de alma torcida.

Hacia la tierra de Promisión los pueblos irán por el camino de los siglos. Encontrarán encrucijadas que los confundan de ruta y no llegarán. O, cuando sobre la cúspide de nuevos Sinaíes la vean de lejos, los guías de condición íntegra dejarán de serlo, y vendrán aquellos que os digo, que son malos en el fondo. Y lo serán en su conducta. Y la tierra de esperanza será tierra de desilusión, de desgracia; de miseria, de dolor, de tragedia y llanto. Y habiendo huído hacia ella para no tener persecuciones, las persecuciones vendrán de nuevo.

Preveo esto y lo digo. Más, temo que mi pensamiento no sea comprendido, o no sea escuchado.

En nombre de las aspiraciones de nuestros antecesores, se alzaron tiranos y opresores. En nombre de nuestra doctrina, los hombres que vengan mañana la volverán indigna y será odiada. Obrarán en su nombre contra ella y será odiada. Obarán en su nombre contra ella y será repudiada. Yo quisiera que fuese de otra manera. Pero acaso no sea así, porque en el tiempo presente ya así se comenzó. Antes no admitiais privilegios entre vosotros; hoy los admitís. Antes no se daba cabida a quienes poseían bienes materiales sino a condición de hacer renuncia a ellos, y hoy les introducís en vuestras comunidades respetando esos bienes que vosotros sabéis su origen.

Hoy, guías de primer rango hablan en público contra quienes se declaran vuestros enemigos, negándonos el pan y la sal, más no delación y persecución, yendo escondidos, en privado, a sus moradas, aceptan convites, comen con aquellos de su comida en su misma mesa. Si resulto loco por escandilazarme de eso, perdonadme. Pero mi dolor y mi espíritu os dicen lo que vendrá: aquello que vino, aquello que es.

Yo os digo : la doctrina nada vale si la conducta no está de acuerdo con la letra. La luz del espíritu es espejismo, si no muestra todos los recovecos del

terreno, si hace sombra donde puedan esconderse engaños.

Sé que todos no tenéis la misma voluntad de sacrificio. Y que hay muchos no dispuestos a desprenderse de sus prejuicios o de su forma de ser nada recta.

Pero aquel que tenga el alma podrida por las pasiones ruines, que sólo mire de su medro personal, de su situación privilegiada sobre todos los otros: aquel que no tenga el deseo sincero de remediar el mal de los otros al tiempo que el suyo mismo; aquel que en su casa con su familia tiene conducta de tirano; aquel que ponga por encima del bien material y espiritual común el suyo particular: aquel que tiemble por el miedo ante contratiempos posibles; aquel que no sea fraterno, que no obre ni quiera comprender lo que es justo, que no estime en mucho su dignidad; aquel que no sea honrado de pensamiento; aquel que no estime en mucho su dignidad, aquel, que no venga al camino. Porque más vale un ser de cualidades enteras, que multitud veleidosa, egoísta y acéfala.

Los hombres ampulosos que tienen cara de listos, y odiables designios dentro, no deben estar entre nosotros. Porque ellos son como las nubes de primavera, que, en principio las veis acercarse con agrado, con simpatía porque estáis en la creencia de que traerán agua vivificadora a vuestros sembrados, y descarga pedrisco que los machaca. Y os hablo así, porque siendo los hombres quienes hacen realidad las doctrinas, tal como ellos son resultarán las cosas que hagan o dirijan.

IV

Escuchadme vosotros, los que creéis en no importa qué religion. Escuchadme en particular vosotros los hebreos, que tenéis la esperanza estéril en el Jehová que llamáis Dios de Judea.

Yo vengo a aseguraros que ningún ser omnipotente y determinador de las cosas existe en la tierra o fuera de ella, que fuera del ser humano ningún otro ser existe. Que no puede haber milagro venido de figuras humanas modeladas en metal, en piedra o en madera, hechas santas y milagrosas por capricho del cerebro o por especuladores de la ignorancia y de la credulidad. No son dioses los que se hacen con la mano. Ni aquellos que, invisibles, son creación caprichosa de la imaginación a causa del miedo por las cosas que no se explican o por el deseo de crear potestades extrahumanas, que den solución a los males que os aquejan y una mejor vida. Ningún dios imaginado os sacará de la miseria o de la esclavitud en que estáis sumergidos. Yo creo, pues, que sólo la voluntad del hombre, vuestra voluntad, hará esa obra. De ninguna manera agentes intangibles y abstractos a los que llamáis dioses o espíritus o santos.

He tenido grande escándalo por haber manifestado así en Efeso, donde los fanáticos de Diana tuvieron alboroto.

Ellos han persistido en sus equívocos continuando su fe en el ídolo de una mujer estéril. Y al ver su ceguedad de conciencia, yo he llorado. Empero, he tenido también la alegría de ser abrazado por hombres notables a causa de su cerebro, que me han dicho haber publicado grandes verdades con mi boca.

Yo os digo que mi Causa no es la Causa mía sino la de todos. Porque aquellos mismos que me ven como enemigo, estarían contentos y gustosos de ver las luces de una comprensión más clara, más alta, si fuesen capaces de romper esa cadena que aprisiona su conciencia, que son sus atavismos y sus prejuicios, en verdad propios de seres anormales.

Porque todo ser normal no busca oscuridad, sino luz. No busca sumisión, sino independencia. No busca amargura, sino alegrías.

Se emponzoña a los hombres con verdades aparentes siendo de cierto falsas, que son montadas para anular su personalidad o para evitar que ella se cree. Porque yo digo : fuera de la conciencia individual, indepndiente y libre por tanto, nada hay cierto, nada hay sano, nada hay auténtico. Y todos aquellos que os lanzan a voleo párrafos brillantes de oropel, que van a vuestros oídos como si a vuestros ojos fuesen cintas de papel multicolor, que dicen esforzarse por llevaros a una vida mejor, y os conducen como el pastor que al prado conduce el rebaño; no hacen otra cosa que continuar los males que dicen combatir y que critican. Y no buscan nada que sea justo. Porque escrito está : « La grama no desaparecerá de los campos en tanto no sea arrancada de raíz.

Y querer hacer transformaciones sociales sin hacerlas individuales, es querer laborar un campo invadido por la grama.

Por transformación individual yo entiendo, ser uno mismo consciente de su libre albedrío, y defenderlo y hacer que sea respetado. Penetrar en las cualidades fundamentales que definen la personalidad humana y respetar al ser y hacer que él te respete. Crearse el suficiente elemento de juicio que defienda y de consecuencia aceptable a una convivencia común de libre acuerdo y de recíproca ayuda. Muchas más son las causas que define mi entendimiento sobre estas cosas, pero ellas no las diré ahora. Quiero hoy llevar a vuestra comprensión que no hay, en verdad, fuerza extrahumana ni extraterrena. Que cuando depositáis la potestad y la facultad de traer vuestra liberación y vuestra felicidad en los sacerdotes que se abrogan la representación de eso que, en certitud, es abstracción y mentira, hacéis renuncia de vuestra personalidad y ponéis la esperanza en que del mar brote la vid. ¿No es esto cierto acaso? Estas creencias seculares en lo ignoto anulan la creación de luz en vuestro espíritu y meten vuestra miserable vida en el corral de la obediencia.

Por esperar, vosotros, Pueblo de Israel, la venida de un rey hipotético que os liberara de la esclavitud de Babilonia (que con vuestro sudor vivía en continua orgía) fuisteis capaces de comprender a Jeremías. El anatematizó vuestra pasividad como hoy la anatematizo yo. Habéis envuelto su memoria en una leyenda de llantos y lamentaciones. Y él, en verdad, fue enérgico y vio claro. Tronó por liberarse del yugo asirio, y os culpó, en justicia, de incapaces. Esperando al Mesías sucumbíais bajo el látigo tirano. Y al lado de los festines insultantes

de Ninive, vosotros os dabais el festín de la abyección. Y Jeremías clamó la verdad, y la verdad se ahogó. Pero los asirios de Babilonia hicieron lo que en cuenta no cayeron los egipcios : corromperos. Y a Jeremías no le tocó en suerte sino tronar la verdad. Cuando murió, el Pueblo de Israel quedó acéfalo. Y habéis transformado sus rebeldías en lamentaciones, y en llantos lo que en verdad clamor de hombre clarividente fue. Porque él no pudo transformar vuestro temperamento conforme a su deseo, vosotros habéis transformado la historia de su vida conforme al deseo vuestro.

Ahora sois esclavos del romano. Y de otros lo seréis mañana si no sois capaces de asimilar esta verdad : las fuerzas liberadoras, como las fuerzas creadoras, están en vosotros, en ti mismo, hombre o Pueblo. Buscadlas; y cuando las hayáis encontrado, ponedlas en ejecución con decisión, energía y talento.

Es así como yo hablo de los dos hombres que hay en cada hombre; el uno animal, el otro espiritual. El primero se preocupa de las cosas inmediatas para vivir como no importa qué animal de otra forma. El segundo se preocupa de la elevación de su espíritu, qu ees engrandecer su inteligencia, para que la vida del primero sea más cómoda, más libre, más armoniosa, más noble, más provechosa.

Empero, cuando el segundo hombre no se ha despertado en el hombre, sucede que vive en las tinieblas y somete de por vida su existencia al yugo. De cierto, hay alguno que parece tiene en sí el hombre espiritual y somete también su existencia al yugo y su pensamiento a creencias imposibles. Estos, en verdad, son raquíticos de entendimiento o pobres de espíritu, incapaces de crearse un pensamiento propio, aunque muy doctos parezcan. Puede ser que sean truhanes que buscan poner el yugo a otros para vivir a su costa. En este caso, el hombre espiritual ha sido amasado con indignidades, y está lejos de ser el hombre que yo digo.

Alejaos, pues, de toda creencia en lo divino si estimáis en algo vuestra propia personalidad y el bienestar del mundo en que vivís. Y si miedos supersticiosos o rutinas de costumbres hacen perdurar vuestra credulidad, preguntarnos por una sola vez si vosotros sois capaces de análisis y conservais vuestro raciocinio. No os enfadéis. Que puede suceder llaméis raciocinio a la manifestación de las cosas aprendidas de memoria en las que queda aniquilada vustra razón. Un raciocinio rutinario, o ausente de examen independiente, no puede ser llamado tal. Así, vosotros continuáis, ciertamente, en la categoría del rumiante.

Si esto os ofende, optar pues por el camino que os señalo y hallaréis la causa de vuestro error. Y seréis libres del miedo que atormenta vuestra existencia por castigos horrendos que no son otra cosa que fantasía indigna, y seréis libres también de castigos reales impuestos por aquellos a quienes obedecéis. Porque habréis comprendido y dejaréis de obedecer.

FABIAN MORO

(Continuará.)

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Cuatro épocas de la ciudad sertoriana

por F. Alaiz

1913. — La pequeña ciudad sertoriana vive los días que pasan para coleccionarlos como pausas de una agonía lenta y abúlica. Hay guarnición reducida : un piquete de caballería. Se destina a servir de escolta al obispo y a algún general de tránsito. El teniente sueña que puede casarse con la hija del banquero. Los jinetes del piquete sueñan en volver al surco. Después de retratarse con un importante puro en la mano y de arrastrar el sable por las calles concurridas, el servicio militar ya no tiene sentido.

Los caciques sueñan en ganar las proximas elecciones a base de repartir credenciales de peón caminero y conseguir que el Estado se preste a autorizar un ramal de carretera que se proyectó medio siglo atrás, amén de conseguir ciertas franquicias fiscales para los rurales adictos.

De seis a ocho de la tarde, la via principal de la ciudad sertoriana está repleta de paseantes. Todos andan arrastrando los pies. Paso procesional. La turba espesa de paseantes es un microcosmos. Empleados del Estado artesanos de menesteres cubiertos, estudiantes de Normal y de Instituto que sueñan en cualquier diablura : ser funcionarios de Hacienda o abogados de secano.

Los curas andan de refilón, saludando con media risalleta a las beatas que trastean en el confesionario. Los mancebos de botica, libertados del mostrador por la hora del cierre, sueñan en casarse con la hija del patrón. Pasan profesores que enseñan lo que nadie aprende. Pasan chicas casaderas que saben bordar alegorías celestiales. Pasan amas de cria, sacristanes apicarados y blasfemos, labradores que llegan a comprar una mula y se quedan una noche en la ciudad sertoriana. Con sus focos eléctricos y sus guardias municipales, resulta para ellos la ciudad sertoriana una especie de Babilonia, cuyo Nabucodonosor es el gobernador que vive en un edificio de arquitectura neoclásica, rodeado Nabuconodosor de secretarios que escriben lo que nadie lee y porteros que dejan pasar al primero que llega sin saber el que llega lo que va a pedir y temblando al saludar al portero.

No hay ningún exponente social en la ciudad sertoriana. El mundo trepidante queda lejos. Cerca murió pocos años antes el primer polígrafo de España : Costa. Nadie sabe nada de él.

Los republicanos son ateos, pero mueren con todos los sacramentos y están casados con beatas que les dejan renegar mientras ellas los manejan comiéndose un santo cada mañana. Cuando las monjas regalan una torta almibarada a la beata, el blasfemo del marido pregunta a los hijos con sorna:

— ¿Cuánto créeis que me cuesta el pastel?

— Nada — dice la beata poniéndose colorada.

Pero el pastel — cuyo valor comercial no llega a dos pesetones — cuesta una onza en misas de **requiem.**

1917. — Aparecen unos cuantos jóvenes que se atreven a editar semanarios refractarios en la ciudad sertoriana y episcopal. Escriben artículos tremebundos contra los canónigos, contra los propietarios y contra los carabineros. Las beatas hacen la señal de la cruz, pero no se bañan. Un teniente desafía a cierto refractario. Este acepta el desafío. Cuando se trata de elegir arma, el refractario propone que sea la ortografía. El duelo tiene lugar a bastonazos y el teniente ha de emigrar. Hay mucha guarnición. Hay incluso artillería pesada. Muy pesada.

Maurín, en pleno sarampión apocalíptico como los sucesivos, saca una revista que lleva este título : « Talión », es decir, « Ojo por ojo y diente por diente ». El artículo más suave aparece en lugar preferente y tiene esta cabecera : « Melquiades, vete a hacer puñetas ».

Maurín estudia la carrera de maestro. Al profesor de Matemáticas se le ocurre decir un día:

— A ver, señor Maurín... Tenemos un palomo que vuela a razón de 12 kilómetros por hora. ¿Cuánto volará en diez horas, teniendo en cuenta que refrena la velocidad en una tercera parte durante la segunda mitad del vuelo? Anote con exactitud los datos. Sitúe el problema. Póngalo en esqueleto.

— ¿El palomo? — pregunta Maurín con acento sertoriano.

La clase suelta la carcajada. La salida de Maurín equivale a la salida de clase. Los maestricos van a tomar el sol. Maurín es aclamado como un Robespierre.

Ramón Acín quiere ser profesor de la Normal. Va a Madrid y obtiene plaza gracias a una estratagema ingeniosa. El tribunal le califica bien, con derecho a cátedra, pero le ad-

judica un número secundario. Como los elegidos para los primeros lugares tienen opción preferente, pueden quedarse en la plaza de la ciudad sertoriana que apetece Acín. Conferencia con los interesados, que llegan de Pontevedra, de Huelva, de Cuenca...

— No elijáis la ciudad sertoriana — les dice — porque allí se vive de milagro.

— ¿Qué pasa, pues? — le preguntan.

— ¡Casi nada! — contesta el gran Ramón, que lleva patillas de contrabandista. — Los lobos bajan del Pirineo en invierno, se hacen dueños de la calle y se manducan las criaturas. La gente ha de meterse en casa con provisiones para un trimestre y la vida se pierde tan pronto como una partida de julepe. Aquello es una agonía...

El miedo a los lobos deja la plaza libre para Acín. Los amigos celebramos el triunfo del formidable Ramón en el figón sertoriano de Gilé, comiéndonos un ternasco y bebiendo en bota.

— Brindo — dice un comensal a los postres — proponiendo que hagan el amor más profano los galanes jóvenes ateos a las beatas. Es la única manera de que las iglesias aparezcan desiertas y que la Compañía quede sin compañía...

Acín permanece en la ciudad sertoriana como promotor de subversión. —

1936. — El 19 de julio truena con furor. Fusilan los monárquicos y los falangistas a Ramón y a su compañera. Dos mentes preclaras taladradas por las balas de Cristo-Rey. Las beatas, los traficantes, la gente de rapiña, los tenientes de Asalto, anegan en terror impune la ciudad sertoriana. Brilla el sol de julio y no queda horizonte para la decencia.

1948. — La beatería sigue despreciando la decencia y el agua. El rosario de la aurora es un trueno más que un canto. Y aquellos energúmenos que fusilaron a Acín, aquellos monárquicos de Cristo-Rey que suprimieron una de las inteligencias más preclaras de España quieren ahora ser aliados de los socialistas amigos de Acín, mientras la grey sertoriana sigue su paseo arrastrando los pies, almacenando mugre y oyendo misas de **requiem.**

1963. — El calendario no se ha cerrado. (N.D. L.R.)

PENSAMIENTOS

Toda idea nueva es frágil. Un bostezo la destruye, un estornudo la mata, un sarcasmo la aniquila.

BERTHA VON SUTTNER Y ALFREDO NOBEL

EL 10 de diciembre, como todos los años, fue otorgado en Oslo ante un areopago internacional de notabilidades, una de las más altas distinciones que hay en el mundo: el Premio Nobel de la Paz. El mismo día en Estocolmo los premios Nobel atribuídos a sabios y escritores, recompensaban trabajos inestimables en física, química, medicina, así como la obra literaria más remarquable en el terreno del ideal. Desde 1901 aproximadamente, 36 millones de coronas, 37.500.000 de francos, han sido distribuídos a doscientos noventa y siete hombres, once mujeres y siete instituciones, en adelante, marcados por el mismo sello, todos son miembros de una aristocracia singular merecedora de aprecio por la humanidad.

Detrás del premio Nobel se perfila la figura morosa de su fundador, hombre original que hizo fortuna con los explosivos, y detras de Nobel aparece una mujer infatigable, y casi olvidada, la Baronesa Von Suttner. Durante veinte años, persuasiva y apresurada, insistió tanto y tan bien acerca de ese rudo magnate de industria que terminó por atraerlo a su campaña contra la guerra.

Cuando encuentra a Nobel por primera vez, Bertha Von Suttner era una joven condesa pobre, con el corazón herido que buscaba una plaza de secretaria. Bertha Kinsky —que así era su nombre de pila— era hija de un mariscal del ejército austriaco, muerto antes de nacer ella dejando a su familia en la miseria. Educada en ese ambiente indiferente de la aristocracia vienesa arruinada de mediados del siglo XIX, fue iniciada a todos los refinamientos de una educación perfecta, aprendió varias lenguas, escribió pequeñas piezas de teatro romanescas. Estudió el canto en París, pero en 1873, cuando los ahorros de la familia fueron agotados, obtuvo una plaza de aya en casa del barón Von Suttner el cual tenía cutro hijos. En esta nueva demora conoció a un joven seductor, Arturo, hijo del barón. «Cuando entró en la habitación, escribía Bertha más tarde, todo se volvió calor y luz a mi alrededor.»

Entre los jóvenes floreció un idilio, pero la madre de Arturo se opuso: no solamente la aya era pobre, sino que tenía siete años más que su hijo, que tenía entonces veintiséis. Presionada por sus amistades, Bertha presentó su dimisión. Liberada de un gran peso, la baronesa le señaló amablemente un empleo aparecido en los pequeños anuncios de un diario: «Señor de cierta edad, rico, cultivado, domiciliado en París, desea encontrar dama de edad madura igualmente, hablando varias lenguas para empleo de secretaria y ama de llaves. Bertha escribió y recibió una respuesta cordial de un tal Alfredo Nobel. Fue organizada una entrevista en París. Para los dos fue sorpresa: el «señor de cierta edad» era un hombre de cuarenta y tres años, moreno, de barba negra, tímido y afectuoso; la dama «de edad madura», una mujer bella y esbelta no pareciendo de treinta y tres años, sus rasgos cincelados, con inmensos y encantadores ojos negros.

Alfredo Nobel, rico y célebre, había comprado en París, 53, avenida de Malenkof, un hotel particular que había suntuosamente amueblado. Soltero, endurecido, preciado de sus comodidades, se había procurado un excelente cocinero, aunque sólo una cocina muy simple le fuese permitido debido a que las inhalaciones de humos de nitroglicerina le había provocado graves trastornos en su aparato digestivo. Poseía caballos de raza y una magnífica montura y hacía en el bosque paseos solitarios. Frecuentaba el salón de Julieta Lamber (Mme Adam) y a pesar de su incurable melancolía, tenía un vivo interés por la poesía, el teatro y la filosofía.

Ceremonioso y cortés, Nobel condujo a la condesa, su secretaria, al hotel donde le había reservado una habitación, luego la llevó a desayunar; habló sin parquedad sobre política, sobre el arte, la vida, encontrando en ella un auditor selecto. Al día siguiente ocupó su puesto en la oficina de Nobel.

Sus funciones le familiarizan con la industria de municiones, y este primer contacto la marca profundamente. Los asociados de su amo seguían de cerca el curso de los acontecimientos políticos en el mundo entero y se arreglaban para vender imparcialmente sus explosivos a todas las facciones rivales. Y, sin embargo, Nobel nutría en su corazón los sentimientos humanitarios muy en voga en el siglo XIX, afincándose desesperadamente en la convicción que poco a poco el hombre se mejoraría. Generosamente daba cheques a las obras de caridad, pero él seguía excéptico diciéndole a Bertha que no había otra esperanza para la humanidad más que la de ver las gentes dotadas de un poco más de cerebro.

Bertha, por apasionada que estuviera en su trabajo no podía olvidar a Arturo Von Suttner. De él llegaban cartas cada día y sus hermanas escribían que estaba taciturno y solitario. Un buen día, cuando Nobel negociaba en Estockolmo la instalación de una nueva fabrica de dinamita, ella recibió una misiva de Arturo: «No puedo vivir sin usted», escribía.

En el acto dejó a su amo una carta donde expresaba su gratitud y sus excusas, empeñó la única joya que ella poesía y cogió un billete para el primer tren con destinación a Viena. La joven pareja se casó unas semanas más tarde en una pequeña iglesia, luego se eclipsaron para irse a Mingrelia, minúsculo principado caucasiano anexionado por los rusos nueve años antes. La luna de miel mingreliana —una barraca y un corazón— duró nue-

ve años. Arturo trabajaba de contable en una fábrica de papel, Bertha daba lecciones de piano y de canto a las jóvenes de la nobleza.

Cuando en 1887 los rusos declararon la guerra a Turquía, el Cáucaso se transformó en campo atrincherado. Bertha miró marchar a los jóvenes con paso marcial y les vió volver en trenes sanitarios. Se dedicó a consolar a las madres afligidas, confeccionó medicamentos, ayudó a las cantineras. En la Viena de su infancia, la guerra parecía una aventura lejana de la que héroes con una constelación de medallas volvían para bailar. Ahora los veía de cerca en todo su dolor y su miseria.

El furor la invadió contra los hombres de Estado y los generales que envían los hombres a la muerte y su corazón se llenaba de tristeza comprendiendo su impotencia.

No obstante, la guerra ofrecía a las cualidades variadas de Arturo una nueva ocasión de manifestarse: de prisa envió a un diario de Viena una serie de artículos. Al terminar las hostilidades, continuó su carrera de periodista con una serie de reportajes muy vigorosos sobre el Cáucaso y sus habitantes. Insensiblemente se convierte en reporter independiente muy apreciado. Un poco celosa, Bertha compuso un pequeño ensayo que firmó «B. Oulot» —con objeto de no dar ocasion a los prejuicios masculinos contra las mujeres— y lo envió a la prensa de Viena. Pronto recibió una carta animadora y un cheque de 20 florines.

Durante su exilio en el Cáucaso, los Von Suttner escribieron bastante, seis romances y muchos artículos. Volvieron triunfalmente a Viena en 1885 y los padres de Arturo, perdonando a los antiguos fugitivos, les ofrecieron una residencia definitiva en ese castillo donde la hermosa aya puso a prueba sus sentimientos por encima de su condición.

Durante ese tiempo, Alfredo Nobel había continuado a relacionarse con Bertha por correspondencia. Estaba encantado de los éxitos literarios de la baronesa. Cabellos blancos, más melancólico que nunca, pero a pesar de huésped perfecto, cuando los Von Suttner vinieron a París, fue un gran honor para Nobel hacerles visitar la capital y también el laboratiro que había instalado en Sevran-Livry. Les habló de sus experiencias y los llevó igualmente a casa de la señora Julieta Lamber (Adam). Al oír conversaciones sobre Bismark y las posibilidades de otra guerra, Bertha se sorprendió de la actitud indiferente de la asistencia vis a vis de la muerte. Fue informada de la existencia de un movimiento pacifista, la Asociación Internacional por la Paz, y el reglamento de los conflictos, cuyas oficinas estaban en Londres, y se adhirió sin demora.

Nobel alababa el idealismo de la baronesa, pero le divertía su vehemencia; declaró conocer un método mejor para poner fin a la guerra:

«Me gustaría, dijo, fabricar un producto o una máquina de una potencia de destrucción tan horrorosa que las guerras serían imposibles.»

Sin embargo, se interesó mucho por ese movimiento pacifista, envió cheques, todo y afirmando que más que dinero, la obra tenía necesidad de un programa de acción juicioso.

Picada en lo vivo, la Baronesa dedujo que le hacía falta al movimiento un libro que removiese las masas. Se lanzó a la busca de documentos concernientes a la guerra, no la de salones y palacios, sino la que es siniestra realidad. Se entrevistó con diversas personalidades: quirúrgicos militares, de los que leyó los ficheros; oficiales superiores que le explicaron en detalle cómo los hombres se encogen en la muerte, y cómo se comportan en los últimos momentos, y le describieron el aspecto y el olor que tienen los cadáveres al cabo de tres días. De esta encuesta escribió un libro potente: «Abajo las armas», en el que volcó todo su furor y toda su pena. Esta obra llenó un vacío y conoció un inmenso éxito. Traducido en doce idiomas se divulgó en el mundo entero y fue incluso plagiado en **Rusia.**

La Baronesa Von Suttner era célebre. Tolstoi comparó su libro a «La casa del tio Tom» y expresó la esperanza de que dicho libro tuviese sobre las guerras el mismo efecto que la obra de Harriet Beecher Stowe sobre la esclavitud. Pero el homenaje más precioso le vino de Nobel. Elogió «la elevación de sus ideas», y dijo que sus «armas» irían más lejos que los nuevos cañones y otros instrumentos del infierno.

Aprovechando esas predisposiciones favorables, la Baronesa le rogó de asistir a un congreso de la paz en Berna. A éste fue de incógnito, y aunque sin querer asistir a las sesiones, le pidió que le tuviese al corriente de las deliberaciones

«Infórmeme; déme su opinión, le dijo, y haré algo grande para el movimiento.»

A medida que declinaba su salud, Nobel se volvía más familiar: «Tomo sus manos, escribía a la baronesa, manos de querida y buena hermana». Y más tarde, en 1896, «estoy encantado de ver vuestro movimiento por la Paz ganar terreno».

Tres semanas más tarde, Nobel moría. Supimos para Año Nuevo que había instituído premios por testamento.

El primer premio Nobel de la Paz fue distribuído en 1901 al Suizo Henri Durant, uno de los fundadores de la Cruz Roja, y al economista francés Frederic Passy. El primero de los premiados rindió homenaje a la Baronesa, escribiéndole que si Nobel se volvió un ferviente adepto del movimiento en favor de la paz, fue gracias a su influencia

Sería infantil creer que el cáustico y riquísimo inventor dispuso así de su fortuna únicamente por las instancias de la Baronesa: sopesó bien su plan y se entrevistó con numerosas personalidades competentes y no atribuyó más que una parte de sus bienes a la causa de la paz. Bertha había sabido rapidamente descubrir en él, detras de un escepticismo murmurador, el idealismo latente que buscaba a expresarse: ella supo persuadir a Nobel en ayudarla.

El dia 10 de diciembre de cada año se desarrollan en Oslo las tradicionales ceremonias y está justificado que en dicha fecha de 1905 se viese presente para recibir el premio Nobel de la Paz a la Baronesa Von Suttner.

H. MANCHESTER

DE MI CALENDARIO

13 de agosto de 1962

HACE tres lustros falleció el escritor inglés Herber George Wells. En un diario de hoy se nos recuerda la fecha del aniversario. En aquel día finalizó una de las más brillantes carreras de un novelista para el que el libro no era tan sólo un medio de «éxitos literarios», sino la manifestación pública de una conciencia profundamente humana, iluminada por implacable lucidez. Algunos consideran a Wells como uno de los precursores modernos de la novela utópica. Sus «anticipaciones» ya están superadas por las realizaciones técnicas en lo que se llama hoy «conquista del espacio». Pero el fondo de su obra es siempre actual, como incitación hacia las perfecciones que no son meramente exteriores, sino más bien interiores: morales y espirituales.

Y más que sus novelas, hay que recordar aquí su «Esbozo de la Historia Universal», como ejemplo muy logrado de la renovación del método de relatar los acontecimientos políticos y sociales desde el punto de vista de la paz y la solidaridad humana. El hecho de que esta obra está difundida en millones de ejemplares en varios idiomas, es una prueba de su cualidad excepcional, pero también del anhelo de las multitudes instruídas de conocer las verdades históricas, en relación con aquellos que llegaron a «dirigir» el destino de los pueblos. Wells hizo resaltar en el primer plano los fenómenos colectivos, las grandes corrientes de la vida social, estando el individuo reducido a su realidad propia, a sus méritos y deficiencias personales, aun si llevaba corona imperial o tenía fama de caudillo victorioso.

H. G. Wells estuvo, después de la primera guerra mundial, al lado de los «combatientes del espíritu», en las primeras filas de los movimientos internacionales por la paz y la libertad. Ha ejercitado con maestría la ironía y el sarcasmo, como armas contra las mentiras, herejías y estupideces con las cuales los gobernantes suelen engañar a los pueblos. Supo ver lejos, más allá de las ficciones o los horrores del mundo contemporáneo, elevándose hacia las visiones armoniosas del porvenir. Ha sido un educador, a su manera, sin pedantería, un guía amistoso por los senderos difíciles de las ideas regeneradoras, hacia una sociedad más justa y esclarecida.

Murió a los 79 años, célebre, rico, pero agobiado por los amargos desengaños durante la segunda guerra mundial. No sabemos sus últimos pensamientos. Sin embargo, podemos suponer que tuvo una sonrisa de compasión, de comprensibo dolor por las locuras sangrientas del pígmeo convertido por él mismo —en sus novelas— en un titán forjador de mundos imaginarios, supraterrestres, pero lógicos en su desenvolvimiento y esperanzadores por sus metas idealistas.

Eugen Relgis.

12 de mayo

Nunca he escrito cuentos para niños, ni narraciones infantiles que puedan leer también los mayores. Estos géneros literarios no son accesibles a cualquier escritor. No son creaciones estrictamente personales, como la poesía, la novela, el teatro. Son más bien la expresión de la imaginación y la sabiduría llamadas «populares». Desde luego, alguien había aprovechado los elementos folklóricos, heredados de una generación a otra, coordinándolos de una manera más o menos lograda, pero siempre pintoresca, atrayante y aun aleccionadora. Difundidos en cierto medio ambiente por vía oral, los cuentos pasaron de un pueblo a otro, de un siglo a otro. Aquellos que los habían recopilado, no habían hecho otra cosa que fijar sobre el papel, en una versión algo más «estilizada», el material vivo del eco colectivo.

Por más que se diga, en los manuales de literatura nacional, que estos cuentos constituyen el tesoro espiritual de cierto pueblo, manifestaciones propias de su imaginación, de su alma, de su sabiduría, ellos tienen, no obstante, un fondo común en todas las naciones de la tierra. Desconocen las fronteras lingüísticas y políticas, y circulan en todas partes como «valores fuertes», permanentes, de la sensibilidad y el pensamiento humano. Sólo la forma que los envuelve puede ostentar los signos

distintivos de ciertas regiones étnicas o geográficas.

El estudio de los cuentos y narraciones de países vecinos o muy alejados, separados por océanos, hace resaltar el parantesco entre culturas nacionales, tributarias las unas a las otras, mucho más solidrias por las aspiraciones étnicas y los intereses comunes, que enemistadas por su orgullo, por las incitaciones políticas, por los odios artificales fomentados en pequeñas capas de privilegiados, en torno a los dirigentes de masas populares.

Así, nos enteramos que une leyenda rumana, como la del maestro albañil Manolo, tiene versiones parecidas no solamente en los países bolcánicos, sino también en el Occidente hipercivilizado. El escritor francés Philéas Lebesque, en su drama «Le don suprême», ha expresado en verso la misma verdad que se desprende de la antigua leyenda del sacrificio, inexorable en toda obra de creación. O, si leemos un cuento inglés, como el que lleva por título «La mujer y el cerdo» (en dos recopilaciones de «Cuentos para niños y mayores», seleccionados en todos los ámbitos del mundo por Josefina Feinstein), comprobamos de inmediato que no es más que una imitación de «Had Gadia», relatada por Israel Zanguill, y cuyos elementos se hallan en «Hagada», el antiguo libro de Pascua de los Judíos.

Esta filiación de las leyendas y cuentos de todos los pueblos, desde los tiempos remotos hasta los que se escriben nuevamente en nuestros días, acrecienta el tesoro de la cultura universal. Se evidencia de este modo «la unidad de la especie humana», el fondo idéntico y permanente de la enseñanza popular, y la comunión bajo las leyes del mismo destino de los hombres, cualesquiera fuere su raza, su religión, su categoría social o grado de civilización.

Y está bien que las leyendas y los cuentos sigan circulando en este mundo demasiado «realista», excesivamente mecanizado. Si nos recuerdan la infancia de la humanidad, sirven para atenuar las discrepancias entre individuos y entre pueblos, por el influjo de las aspiraciones imperecederas de paz y fraternidad, de todo lo que es bueno y hermoso, de todo lo que es amor y creación en el trágico entrevero de la existencia terrestre.

15 de enero

«El gran parto» es el título, algo extraño, de una novela escrita por tres uruguayos. Novela que puede ser un relato, un cuento a la vez realista y fantástico, y que yo calificaría más bien como un film interior, no obstante el calificativo de «sintetista» que emplean sus autores. Su tema es el de siempre: el destino del hombre, tratado con seriedad aunque tenga pasajes sarcásticos y haya humorismo en casi toda su extensión. Lo importante son los reiterados momentos esenciales de la vida humana, expresados en imágenes vivaces, inesperadas, explosivas. Y el humor es amargo, porque en el mismo se hace sentir el fondo trágico de la existencia, de la vida y la muerte sobre esta tierra.

Estamos, indudablemente, frente a escritores y no a debutantes, como se podría suponer porque dos de ellos no había publicado otros libros. Por su estructura literaria, por su intelectualidad activa, directa, y también por su estilo o, mejor, la superposición de estilos. «El gran parto» es una obra de matices europeos y, en el fondo, de significado universal. Se habla en este libro de heroísmo y se lo exalta, lo cual equivale a exaltar a la Humanidad, porque héroes lo somos todos. Es sólo cuestión de fatalidad en los respectivos destinos.

El «sintetismo» de los autores no es, empero, una fórmula nueva. Los géneros literarios son siempre los mismos bajo el disfraz de una época, de una generación de una escuela, de una corriente cultural. Yo le descubro, al sintetismo, un paralelo con el suprarrealismo; pero, eso sí, mucho más humano. Se trata de una actitud frente a la vida, que armoniza con la concepción del humanismo contemporáneo, pese al juego de palabras refinadas y a veces contradictorias. Por eso me parece mejor volver al símil de film —el film del alma— por el que desfila con rapidez una larga sucesión de imágenes. Es abundancia de una especie de lirismo concentrado, sin la menor inflación verbal. Acido, picante, este libro evidencia la lucidez de los tres autores frente a «la crueldad de vivir»: de Ernesto Maya, el más joven, imbuido de estudios y reminiscencias literarias; de Emilio Ucar, el poeta, positivo y escéptico, y de Cristóbal D. Otero, el más experimentado, aguerrido en las palestras culturales. «El gran parto» es una síntesis —para emplear la fórmula de sus autores— una síntesis lograda de tres generaciones en una misma obra.

EUGEN RELGIS

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

CONOZCAMOS

Marfil animal y vegetal

EL altiplano del Ecuador es otra de las Jaujas de Dios bendito en esta tierra. El Ecuador no es una republiqueta andorrana, monegasca y sanmarinesca, como a primera vista parece. Tiene medio millón de kilómetros cuadrados, semidesiertos. Es otra de « Las mil y una noches » del mineral. Podría pavimentarse o artesonarse medio globo con sus stocks madereros : arrayán, pantza, huilmo, canela negra, tagua (marfil vegetal), etc. Los yanquis dicen que hay allí más petróleo en reserva que en Bakú. Y esos pachones son de la clase de chatos que lo huelen. Pero casi sólo se explota el bosque.

Al Ecuador lo traspasa el Ande meridional de Sur a Norte con dos sierras (oriental y occidental), que clavan en el cielo dos de los picos más altos del Continente : el Cotopaxi al Este y el Chimborazo al Oeste. Ambos buenos mozos miden más de 6.000 metros de talla. Entre las dos serranías se extienden parameras enfangadas por la garua (cernidillo lloviznoso), que llora el cielo muchos meses noche y día. Cuando el sol avienta la camisa a las nubes, cae sobre las costillas como una sartenada de aceite frito. El paludismo que incuban los pantanos, hace verdaderas hecatombes entre la piel de color que trabaja en aserraderos y madererías. Los que no penan en esos infiernos muy poco tópicos, se ganan la gloria en el purgatorio de las haciendas y las estancias, sudando brea por un jornal de 10 centavos al día, percibido de rodillas, besado al cobrarlo y moregoneándole al distributor : « ¡Dios **salu pai!** » (Dios se la pegue).

Los rancheros adquieren en propiedad la mano de obra, comprándola a 2 ó 3 sucres (duros) por cabeza. Se gobierna la manada a golpe de acial. Curas de cristo automático ayudan a los patronos a esquilar la grey, alcoholizada con chicha y con religión, enseñando a la borregambre a balar antifonas a Taita Diosito y a la Virgen de la Cuchara, que tiene rodrigos de cuchillo y tenedor. Y para lo que se ofrezca, ahí está, además, la Tenencia Política.

A la indiada, comida de hambre y de fiebres, les llaman en El Ecuador longos, chagras, roscas, y runas. El runa se alimenta de locro, de chapo, de mallocos, de treintaiuno, de tostado de manteca; todo lo cual no son más que diversas especies de raíces diablas, de mazmorras maiceras y de guisotes a base de tripaza y extremidades de res. Duerme el indígena en el huasipungo — barraca pajiza, y palmiza — sobre montones de catules (hojas de panocha) y de boñiga seca. Y ahí cría chusas y guaguas (los chicos) entre cuyes (conejos), puercos y tortugas.

Las desdichas del longo ecuatoriano no tienen cuento. Por la ranchada y los chaquinanes (caminos de arriería) el amo se le monta a los lomos cuando se cansa de andar o para pasar charcas y ciénagas, que tienen a lo mejor varias leguas. El jinete lleva espuelas y látigo. Controla a la montura agarrándola de los pelos. Y los piropos más tiernos que le dirigen son : «¡Indio chingado! ¡Rosco cabrón! ¡Hijo de la fregada!»

Generalmente, la hembra se desanca, con la cara brillosa de aceite animal, al lado del macho, en el cebadal o en la serranía. Cuando es joven y se queda en casa porque está lechando (nodrizando) recibe impensadamente la visita del pistolero de sotana o del teniente político riflero, que la tumban como un saco de papas junto al hogar y la gozan como a una vaca muerta, en presencia de los chamacos. Ella se pliega al remango sin el conato más leve de resistencia, porque a los ocho años se la desfloró ya en un sembrío. Y luego ha seguido la farra, que hace que dura desde que Dios es bueno. Y menos mal que la así allanada no ha ido a parar al burdel de Ignacia la Negra, en Manabi, o al antro aún peor de la « Cucu », en Quito. De donde la que sale lleva boleto sin vuelta para el hospital. Y la que de milagro cura y queda como saldo del mercado del amor, torna a su casa sin pelo y sin dientes, como la Cunshi de Cuchitambo; se emborracha, tomándose un fuerte o un canelazo, cada cinco minutos; pega a la madre enferma, y afrenta las canas del venerable anciano que le dio el sér, llamándole carajo seco.

A SAMBLANCAT

¡San Patricio nos valga!

EN el curso de las ásperas luchas por su manumisión, Irlanda recibió siempre el tributo de la más cálida asistencia, de parte de los ramblistas barceloneses y sus corresponsales del Paralelo. El candoroso patriota, señor Rovira y Virgili, en su «Historia de las Nacionalidades», dedica a la cabeza verde Erin uno de los capítulos más emocionados de la obra. Cuando los ingleses, en la juerga sangrienta del 14, ahorcaron por traidor a sir Roger Casement, yo pegaba fuego y metía en llamas una porción de periódicos catalanes, defendiendo a la flor de los Rogers y conspuyendo la crueldad de sus verdugos. No handicapé al calamar y vacié menos tinteros, al adelantarse en serio al Gandhi y a los racionados de Vichy el alcalde de Cork.

Un poco más tarde nos enteramos de que, con aquellos rebatos y arrebatos periodísticos, estuvimos tocando campanas y haciendo indecentemente el canelo; quiero decir, creyendo que glorificábamos a la libertad y a sus Roldanes, mientras le servíamos el gran caldo a la loba romana, amamantadora de bordes. En vena de aurificar totorresismos, más o menos tetravalentes, nos quedaríamos hoy con los nuestros, porque en ningún movimiento independentista del Exterior, fuera del Irgun Zvai Leumi, vemos varones del robusto músculo de Jaime Comte y González Alba, muertos en Barcelona con el 30-30 en la mano, peleando bravamente por el ideal que los abrasaba.

Eamon de Valera, el jefe del estadículo de bolsillo irlandés, es uno de los enemigos más encarnizados que tiene la subversión española, y, por tanto, la autonomía de Cataluña. Claro, que hay enemistades que lavan, y la de don Eamon es una de ellas. Los primeros voluntarios que, con la morisma de Anghera y los terciános chacales, alineáronse al lado del Macaquicus ferrolés, al estallar el «putsch» que dio al traste con nuestras esperanzas de redención, fueron los irlandeses y los portugueses, sepsia de las dos piojinas más fasciosas del mapa.

De Valera saltó al ruedo del morir malevo en New York, por el año de muy poca gracia de 1881. Su papaicónomo fue un español episcopal, emigrado de Cuba; y su madre, una Doña Virtudes irlandesa, de cruz al pecho y escapulario y otras armas al hombro. Los leones burocratizados de la causa llaman Dev, al estilo de Campeche, al macabelo del Sinn Fein.

No tenía Dev pelo en barba, cuando se echó al monte de la propaganda con el fusil en bandolera. Mientras pronunciaba una arenga color pimentón en Ennis, fue arrestado por la bofia y condenado poco después a 8 meses de quinta galería. Al salir en libertad, encaminóse inmediatamente a Ennis. Y desde la misma tribuna en que se le detuvo, dirigióse a la gente en los siguientes términos: «Como decíamos cuando fuí interrumpido..»

Parodia del descarajillante «Decíamos ayer..» de Luis de Sarriá o de León, que demuestra que el sinnféiner tiene pencas, está más pencado que un maguey.

De Valera habla el irlandés con acento escocés; y el gaélico, con laringaciones del Strand y de Cannon Street. Fue suspendido en un examen de su lengua patria. Maciá y Companys también hubieran recibido bola negra, si llegan a pasar por la aduana de don Pompeyo Fabra. Los dos chamullaban un catalán de Lérida, de más baja graduación filológica que el de Jusepe Aladern.

El «wachtaran» o Presidente del Dail Eireann es un frailazo, de los que entran pocos en tonelada bruta. De su vida maquisarda se ha dicho que toda ella es un rezo. Au nahora oye diariamente misa. Se santigua cuando papa moscas. Y le hace la cruz al mendrugo, cuando la embiste a chafarotazos. Como Castelar en su chochez, acude Dey a las procesiones con un cirio de seis libras en su diestra de Dios Padre; con un devocionario, más grande que la losa de sepulcro de Cristo, debajo del brazo; y al cuello un rosario, que parece una comida de cerdos, porque cada grano es como una bellota.

Para poner a su pueblo a los pies del papismo, no valía la pena de desprotestantizarlo y cortarle esa tajada de carne del costado a Shylock. Los curas romanos se le bufan al campesino irlandés la paga al rescoldo y los huevos pochados, que antes le robaba John Bull. Es lo que ocurrirá fatalmente en Vasconia, el día que le encasqueten la mitra de Múgica. Los nacionalismos, que son agriculturas más que culturas, tienen el carácter de simples chuanerías; y emparentan con el navarraje y la sanferminalla, que entre nosotros ha encendido tres tracas civiles y se ha sublevado en todos los tiempos contra la Constitución, al grito de «¡Viva la Inquisición y abajo el jabón!»

El universo de Alaiz

VIII

UN consejo de Alaiz era una garantía de que ibas a aprovechar muy útilmente el tiempo que emplearas en seguirlo. ¡Cuánta obra de los más grandes hombres del pensamiento español se ha perdido porque nadie nos ha recordado que existiera! ¿Quién sabe hoy algo de « Juan Lorenzo », de García Gutiérrez? Pocos o nadie, sin embargo es uno de los libros que Alaiz aconseja por su contenido social. En los grupos culturales de los sindicatos del bajo Aragón — nos referimos a la época anterior a la guerra — cuando cogíamos uno de nuestros periódicos lo primero que se nos ocurría era decir : « A ver lo que nos descubre y aconseja Felipe». Así, si por la escuela conocíamos a Campoamor, por Alaiz sabíamos algo por ejemplo de García Lorca, cuyo teatro aborrecía. « Escribe llorones sainetes », « sus tipos son inventos y esta condición les da falsa modernidad ».

« Si Gil Robles gobernó, no fue por ser listo, sino por ser uno de los discípulos de los jesuítas ». Ahora y siempre, los individuos como el citado no son jefes porque tengan arrestos sino por su servilismo a fuerzas extrañas. No gobiernan, sirven a los que gobiernan. Alaiz lo consideraba de tan mediocre mentalidad que sólo para una plaza de Juez municipal le creía capaz. Hasta la explotación que hacía de los geniales ideales de Joaquín Costa lo era por encargo de los jesuítas, no por decisión de sí mismo, pues que ni para eso tenía independencia. Toda esta la utilizaba para mandar pegar. Por esta condición valía para gobernante. « Gobernar es recaudar y reprimir ». Es todo lo contrario de lo que han de ser los hombres : control íntimo, norma directa, concepto, autonomía, análisis constructivo ».

Ramo de cualidades, no obstante insuficiente. A su lado, antes, después, encima y debajo, delante y detrás el hombre necesita gozar de valentía serena. Todo aquello tuvo, por ejemplo, Gertrudis Gómez de Avellaneda cuando escribió « Sab », pero lo perdió en un santiamén cuando a ruego de los jesuítas retiró su obra : faltóle la valentía, le faltó todo. Posiblemente lo que no tuvo fue acierto. Si lo hubiera tenido como Goya — que además era valiente — hubiera podido concluir bien su obra como concluyó la del pintor, « el primero en conseguir que los niños del pueblo se vieran en un lienzo ». También es Goya el primero que hace un Cristo con cara poco religiosa. Más bien rebelde, inconformista; no era su Cristo un cordero Pascual sino un sublevado aun atado.

Difícilmente se encontrará un escritor que sepa unir tanto como Alaiz los hombres a sus ciudades. ¿Quieres saber algo de Graus? Lee lo que sobre Joaquín Costa escribe Alaiz. ¿Quieres saber de Granada? Lee lo que escribe sobre Mariana Pineda, sobre Martínez de la Rosa, sobre el conde Montijo. Si de Guadalajara, sobre Espronceda, si de Córdoba, sobre el duque de Rivas, etc., etc.

Camilo Berneri, el asesinado por los bolcheviques el año 37, sabía mucho y ponía gran empeño en educar respecto a lo que son las clases y lo que debería ser una verdadera guerra de clases. Alaiz también ha escrito mucho sobre el particular, pero en dos líneas se encuentra la exacta definición de lo que es en su esencia la compostura y el origen de las clases : « También se nos quisieron explicar las guerras de clase, y hemos de confesar que casi siempre se nos adjudicó un papel de discípulos excesivamente contentadizos y candorosos al hablarnos de las pugnas de las llamadas clases, separadas, según el marxismo, por la economía digestiva y según los anarquistas por la autoridad de la que el capital no pasa de ser una de las parcelas más inconcretas. »

No diremos como Jaurès que la guerra es el fruto inevitable del capitalismo. El sexo, la nación, la religión, la política, la raza, la rivalidad dinástica la malquerencia de dos cuñados reales, la conquista, han sido tantos motivos de guerra. Pero pensamos que el principal y vergonzoso lo constituye la enorme multitud de hombres que, empezando rebeldes y regeneradores, terminan con alma de alguaciles, de policías, refocilándose bajo la capa del Estado. Examinad el panorama que ofrece el mundo del trabajo que se ha convertido al Estado y pronto nos rendiremos a la evidencia. Despertó la idea socialista hace un siglo ya. Hubo que elegir entre el socialismo y el Estado. Muchos eligieron a éste. Se practicó una « sociología de brasero y de gorro de dormir » y... así nos luce el pelo.

A menudo se dice, con muchísima razón, que estamos viviendo una era excepcional : la era de la tecnocracia. Pues bien, Alaiz descubrió esto en las propias páginas de Galdós. Vislumbraba que la técnica acabaría con todas las influencias. Joven como era, quería que otros confirmaran su previsión. La encontró en Galdós. Observó que éste utilizaba frecuentemente para los personajes de sus novelas, obispos, políticos y ricachones. Aparecía en la tertulia un ingeniero y en seguida toda la simpatía se la llevaba él. En la generación anterior no era el ingeniero, era el abogado, el hombre de leyes. La plaza del ingeniero en la mente de las gentes de poder e influencia era el preludio de la tecnocrática era que vivimos.

A ratos parece que Alaiz no esté contra la tecnocracia. Lo parece solamente. El canto que hace al

trabajo, como todo lo suyo, va desprovisto de autoridad, de supremacía, de privilegio. Teniendo en cuenta este aspecto, muy importante si no queremos falsear su idea, ¡hay que ver cómo hace loas al trabajo!

Presidió toda su vida un « sublime estilo de la conducta ». Donde no hay conducta no hay nada, palabras tan sólo. « Pero te anticipo que no he de emprender el camino de la gloria — ya sabemos cómo opinaba del héroe — ni del empresario ni el de ningún escalafón. » Y agregaba : « Creo que **la verdadera gloria no es más que la vida bien ocupada.** »

Su Quinet era también « todo conducta ». Inquieto hasta el extremo pero siempre él mismo. « Rectilíneo en sus cosas ideadas y en sus trayectorias ». El ideal, agrega, es la cosa dinámica que valoriza las potencias de la eficacia.

Ayer como hoy, o más hoy que ayer, desgraciadamente, son millones los hombres que tienen como objetivo y obsesión el deslumbrar a los otros. Son también millones los que buscan dónde deslumbrarse. En ello reside el motivo de los periódicos de escándalo, de las noticias de escándalo, de las actitudes de escándalo. Nos dice Alaiz algo sobre el hombre que no está comprendido en los unos ni en los otros de estos millones : « El hombre ocupado, dice, no desea deslumbrar al prójimo, que por otra parte se deslumbra cuando no tiene carácter. »

Cantos al trabajo y canto a la libertad. Esta se ve y alcanza grandiosa expresión en su « Canción del gorrión » que incluye en « Quinet ».

Recientemente asistí a un mitin que en París organizó la Asociación Internacional de Trabajadores. En él hablaron franceses, españoles, búlgaros, italianos e ingleses. Se dijo de todo, pero lo que viene a cuento aquí son las palabras pronunciadas por el inglés, muy entusiasmado con la teoría de la no-violencia. Tema inacabable para discutir en los medios libertarios de hoy y de siempre, y en todas las tertulias de hombres. Al oirle me acordé de lo escrito por Jiménez de Igualada, me acordé también de Alaiz. No cabe duda de que nadie que se precie de humano podrá hacer de la violencia una teoría determinada. Teóricamente todas las doctrinas son pacíficas. Todos los generales también. Dos frases pueden recordarse en estas líneas : la de Clemenceau, « El Tigre », cuando en 1914 dijo que « la guerra era una cosa muy seria para dejarla en manos de los militares » y la pronunciada por Eisenhower después de terminada la segunda guerra mundial, y g. : « La paz es todavía más seria para dejarla en manos de los políticos ». Pues bien, volviendo a Alaiz, se declara pacifista cien por cien, pero... en todo hay un pero, concluye diciendo : « El hombre pacífico y pacifista, el hombre más enemigo de la guerra, si le roban el pan que ganó, le violan la hija y le asesinan la madre, ¿no se sentiría combatiente? Pregunta que hacemos muy cordialmente a los anarquistas ingleses con objeto de que compredan y se sitúen a fin de que mutuamente nos comprendamos.

A veces se nos reprocha a los españoles el razonar demasiado encerrados en una ideología determinada. Es general la acusación de que pocas veces tenemos en cuenta la historia. Efectivamente, y no seré yo quien contradiga tal aserto. Por desconocimiento de la historia, o por olvido, pocas derivaciones tiene en España ningún acontecimiento. Hubo gestas por el pasado que merecerían tenerlas más en cuenta y no se tienen. Constatamos que el español desdeña a la historia. Ahora bien, cabe preguntarnos si es que no tiene su mucha razón para no coger las historias con indiferencia y hasta con duda. En todo caso no son pocos los hombres que coinciden en alertar a los estudiosos sobre los relatos históricos, que en parte falsean los hechos. Entre esos hombres está Alaiz. « No se escribió todavía el relato histórico español sin alaricos ni exageraciones ». Afirmación que no da lugar a dudas. Mil y un ejemplos podríamos citar que dan razón a Alaiz. Y no sobre hechos de un pasado remoto sino de lo más reciente. Bien es cierto también que según Vidal y Planas de cierta manera todo es historia. Dice este escritor : « Si lo que se cuenta es verdad, será historia porque ha pasado; si es mentira, porque podría pasar ».

M. C.

(Continuará)

REFLEXION MORDAZ

«... **Porque los poetas, o somos locos o no somos nada.**» Vidal y Planas.

A lo cual cierto periódico contestó:

—**Como usted quiera, señor Vidal y Planas; loco o nada.**

VERSIONES

por DENIS

EL CURANDERO

ERASE un hombrecillo tímido, tímido, que tenía en sus manos, varita mágica, la salud de cuantos a él se acercaban. Había llegado a la pequeña ciudad — ahora se recordaba — como un fugitivo : misteriosamente. Y misteriosamente se había instalado en un barrio populoso, pero apartado. Era imposible averiguar cómo había vivido los primeros tiempos. No hacía falta averiguación alguna para saber que en la miseria : en una miseria callada, pero — los vecinos eran testigos — angustiosa.

Se sospechaba que, de origen pobre, no había podido abrirse camino, aunque — ahora se veía — podía haberse abierto camino, y que había ido a parar allí como habría podido ir a parar a cualquier otra parte : a la deriva.

No era viejo cuando llegó, pero lo parecía : como agotado en lucha inútil. Completamente afeitado, su rostro era como tierra recién arada : todo él cubierto de surcos profundos. Se dejó a poco crecer la barba : selva que cubría los estragos. Y por encima de ella, lejanos, que cuando se posaban en alguien le traían, aun de la mayor inquietud, a calma deleitosa.

Por ahí empezó el milagro, y con él su carrera, que por brillante le llevaba acaso a la perdición. Había en la casa en que se había instalado, pobre, muchas familias pobres, que vivían como él : no se sabía cómo. Su mujer intimó, con el tiempo, con alguna vecina. Todas, al principio, desconfiadas de aquellos forasteros, que ni se sabía de dónde venían, ni quiénes eran, ni qué propósito traían a la ciudad Pasada la desconfianza, nada une tanto como la pobreza. Se reparte el pan que no se tiene, y ninguno es más sabroso. No pocos días comieron los forasteros pan que sus vecinos se quitaron de la boca.

Hablando, hablando, de las cosas que en tal lugar podía hablarse, supo el recién llegado, ya no recién llegado, que allá en una buhardilla yacía, solo, un paralítico, que nadie, por pobre, visitaba, y que había preferido irse muriendo allí a ir a morir a un hospital. Subió el forastero a verle, a charlar con él. Pasó con él una hora, o dos, o tres, y al día siguiente, en cuanto se levantó, fue de nuevo a hacer compañía al paralítico, a charlar con él. No había pasado una semana, cuando el paralítico no era ya paralítico. Comenzó, en efecto, a mover los brazos, y luego las piernas, y, por fin, sorpresa que le hizo derramar lágrimas silenciosas, río que anegó las manos del forastero, puestas sobre él para ayudarle, pudo sentarse en su lecho.

Todo el vecindario supo lo acaecido. Y todo el vecindario acudió a ver con sus propios ojos la maravilla. Llevaba el paralítico, tendido en su lecho, meses y meses. Se esperaba saber cualquier día, al levantarse, que había muerto. La noticia de que se curaba fue sorpresa provocadora de pasmo. Todos los habitantes del barrio desfilaron, los días siguientes, por la buhardilla del enfermo. Y cuando un mes más tarde salió a la calle, como si nunca hubiera padecido nada, se le miraba con admiración no exenta de temor : era prueba viva de un milagro.

A quienquiera quería oirle, el resucitado — él mismo se llamaba así — contaba cómo había vuelto a la vida.

« No me ha dado nada — decía, nada nada. Me ha mirado solamente, con esos ojos suyos, que nadie tiene, y sin dejar de mirarme me ha hecho contar toda mi vida, desde que nací, interrumpiéndome cuando, a su juicio, quería yo ocultar algo. Y así, contando yo, hablando otras veces él — ¡oh, cómo hablaba! En toda mi vida no podré yo repetir una palabra suya, ni mucho menos el tono con que las pronunciaba —, y mirándome siempre, y de vez en cuando poniéndome las manos en los hombros, como me las habría puesto mi madre — os lo digo, no es un hombre, es mucho más que un hombre — me hizo primero mover los brazos — ¡qué momento de júbilo : no siento haber estado enfermo porque he vivido ese momento! — y luego las piernas, y luego el torso, y luego, por fin — ¡todavía había de aumentar mi júbilo! —, salir, como de un baño, de la cama. Y aquí me tenéis, no ya fuera de la cama : en la calle, como antes, como si todo hubiera sido una pesadilla.»

No era la pequeña ciudad una ciudad atrasada, supersticiosa. Era, al contrario, una ciudad moderna, a donde habían llegado todos los adelantos. Se dejaron de lado los adelantos, en cuanto a la salud se refería, y se corrió a buscar la salud a la casa pobre, perdida en el barrio populoso, en que el hombre de mirada lejana habitaba. A muchos enfermos, contra su voluntad — a ninguno dejaba de confesárselo — los desatendía. « Tiene usted — decía a cada uno de estos enfermos — que hacerse cuidar por un doctor. Hágase usted visitar por él, o vaya a una clínica o a un hospital. Después, vuelva aquí. Todavía tendré yo algo, o mucho,

que decirle ». Pero a la mayoría no los dejaba de la mano, y los curaba. Sin medicinas, como los doctores, sin hierbas, como tales o cuales charlatanes : hablando, hablando con ellos, y como metiéndose en ellos, y mirándoles con su mirada que tanto tranquilizaba, y poniéndoles las manos en los hombros, que no se sabía cómo se llevaban, cuando las alejaba, parte la angustia que les atormentaba.

Se acabó la pobreza en la casa en que misteriosamente se había instalado al llegar, y de la que no huyó al cambiar de situación. El pan que se le había dado, multiplicado, lucía ahora en todas las mesas. Y en no pocas de las casas vecinas. Y en no pocas del barrio. El chorro de dinero que entraba por un lado en el bolsillo del forastero, salía por otro en mil direcciones. Su mujer, cuando él estaba muy atareado, se cuidaba de encaminarlo donde más falta hacía.

No era sólo es que salvaba a los enfermos, a millares y millares de enfermos, víctimas del desequilibrio de la vida moderna; volvía la misma mirada que sacaba a éstos de su angustia, para remediarlas, en cuanto podía, a las angustias de la pobreza en que otros estaban sumidos. Era, como decía el paralítico, como decían todos después, mucho más que un hombre.

Tomaron cartas en el asunto los médicos. Si él les enviaba, sin que ellos lo supieran, muchos enfermos, les quitaba infinitamente más Las clínicas y los hospitales se despoblaban. Por cada enfermo que allí debía permanecer, había centenares que nada tenían que hacer allí, que era preciso acercarse a ellos de modo distinto a como suelen acercarse a ellos los médicos en clínicas y hospitales. Y todos estos enfermos, vueltos, sin su desequilibrio, a la vida normal, llevaban al hombre de la mirada lejana, otros, y otros, y así sin cesar. Era la ruina, para muchos doctores. Había que poner fin a lo que sucedía. Y nada más fácil que ponerle fin. Averiguada la causa, allí estaban las autoridades para cumplir su deber.

No les fue fácil a éstas cumplir su deber. Tuvieron que cumplirlo a escondidas, como malhechores. Su primer intento, a la luz del día, sublevó a todo el barrio. No hubo más remedio que huir, sin el deber cumplido. Noches después, cuando todo el mundo dormía, fue hacedero asaltar el domicilio del delincuente y arrastrarlo a la prisión. No invadida, al día siguiente, por impedirlo toda la fuerza pública de la ciudad.

Y he aquí ya al delincuente ante el tribunal, sin defensor, que no quiso, y en juicio a puertas cerradas, por él exigido. Tenía — dijo — graves revelaciones que hacer, y no era pertinente, ni conveniente, hacerlas en público. Se le había concedido esa gracia antes de condenarle, porque no había duda de que sería condenado.

— He tropezado — explicó a sus jueces —, desde el comienzo de mi vida, con toda clase de obstáculos. No disponía de dinero para salvarlos. Todos mis estudios, porque he estudiado mucho, día y noche, eran vanos. No podía establecerme, porque no tenía con qué, y a dondequiera que encontraba trabajo se me miraba con desconfianza y se acababa por despedirme. Procedía de modo distinto a como procedían los demás. No era yo quién para enseñarles nada, ni para, en no pocos casos, ponerles en ridículo. Acabé por no tener puerta a qué llamar. Entonces vine aquí, como podía haber ido no importa a dónde. Más que a nada, a morir en un rincón ignorado. El azar lo ha dispuesto de otro modo. He podido hacer, a escondidas, cosa que deseaba y no puedo hacer públicamente.

Los jueces se impacientaban. Cortó el delincuente su discurso, y le dio otro giro.

— Voy a ser puesto en libertad, lo sé. Pero si se quiere que siga haciendo el bien que hago, guárdese mi secreto.

— ¿Que secreto, — preguntó el presidente.

— Que nadie sepa que soy doctor. Aquí están mis títulos.

Puede un trono elevarse sobre las bayonetas, pero no sentarse encima.

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

Por
HAN RYNER
Folletón

Traducción de V. MUÑOZ
(Membre des «Amis de Han Ryner»

Título del original:
... AUX ORTIES
(Souvenirs d'Adolescence)

***

Obra póstuma
Primera edición francesa: 1957

ENSUEÑO EN EL UMBRAL

COMO me pareció, hace tres años, que tenía cosas muy lindas para contar sobre mi infancia, escribí **Mi nombre es Eliacín.** Me preguntaba, y mi sonrisa se negaba a responder, si estaba balbuceando un pequeño libro cuyo fin sería el seguir aislado o si emprendía unas memorias que debían continuar. Cuando hube trazado, en lo bajo de la última página, la palabra FIN, olvidaba al pequeño libro y al problema que me había planteado: mis inquietudes y mi trabajo se aplicaron a obras menos ingenuamente personales.

Desde hace algunos meses, a pesar de mi voluntad, mis recuerdos de adolescencia me persiguen. Primero cantantes y seductores, he aquí que ahora se vuelven, al exigir que los diga, casi gritones. Pues yo les oponía una energía de más en más humillada y débil. Este deslizamiento hacia mi pasado, ¿no es un síntoma senil contra el cual debo luchar? ¿No puedo emplear mi tiempo en algo mejor que rumiar complacientemente esas vejeces?

La atracción de dos proyectos, igualmente seductores de belleza, de novedad y de dificultad parecía me habían liberado de esta persecución cuando me refugié, hace tres semanas, en mi soledad laboriosa de cada año. ¿Dificultad en la elección, pereza o agotamiento?... Pasa el tiempo sin que me lance en uno u otro esfuerzo, en una u otra temible alegría.

Henos ahora en el 21 de junio. Día feliz según tal sonriente y amable superstición que me place confesar discretamente y sin precisar. Para negar a mi retraso toda causa desanimadora, me abandonaba a su amplitud encantada prometiéndome de empezar mi nuevo libro este primer día de verano.

Quiero mantener mi palabra. Pero, desde que pienso en uno u otro de los temas arduos y nobles; desde que sobre todo asciendo hacia una visión vaga y panorámica de éste o de aquél, se apodera de mí un vértigo de miedo, o tal vez de insuficiencia.

Sea. Consintamos a la pereza del trabajo fácil. Narremos, ya que se obstina en querer ser dicha, una vieja parte de mi vida. Este año en una época en la cual yo no carecía de valor quizás volverá a templar mi ánimo. Pero, si la vejez de mis setenta y dos años sólo me permite chochear, obedezcamos sonrientes a la naturaleza.

Acabo de ser injusto —o al menos lo espero— hacia la época de la vida en que vivo. En plena fuerza y ya antes, cuando el impulso, el ímpetu y la presunción adelantaban al vigor real, he abandonado, también en curso de ejecución, tantos proyectos... Aquellas materias abandonadas, las llamaba yo alegremente mis abonos verdes.

Si mal no recuerdo, uno solo de aquellos proyectos, fue vuelto a empezar después de un largo sueño. Mientras estaba escribiendo una de mis primeras novelas aún inéditas y que sin duda mi sonrisa condenará al fuego cuando me divierta en releerla, pensaba en el cuento filosófico que se ha vuelto **El hombre hormiga.** Lo aparté como demasiado difícil, lo olvidé completamente, y volví a encontrar mis notas con una alegría valiente doce años más tarde.

Al componer este **Hombre hormiga,** tuve la idea, tal vez bárbaramente simétrica, de darle un complemento, **La hormiga hombre.** Quise en él contar las aventuras humanas de la hormiga que «permutó» un año con Octavio Péditant (1). Un plan detallado fue trazado; algunas páginas bosquejadas aquí o allá. Luego condené al proyecto como demasiado fácil y, para suprimir toda tentación, quemé lo que había sido ya escrito.

Anteriores al **Hombre hormiga,** duermen en mis cajones dos comienzos de libros, que también habrá que decidirme en quemar: nunca por cierto volveré a trabajar en tentativas tan alejadas de mis preocupaciones actuales. Se trataba de novelas naturalistas: **Yo tengo carácter** era, se lo adivina por este título irónico, el estudio de un hombre sin voluntad. La otra se titulaba **Podredumbre de Colegio** y tenía este epígrafe: «Amontonar a las rosas, medio excelente para hacer buen abono». Pero mucho se ha escrito contra el internado, antes de que yo me mezclara.

El abandono más curioso es tal vez el de **Crepúsculo de Rubens.** Durante la composición de los **Viajes de Psicodoro,** me encontraba singularmente dichoso y singularmente inquieto. Feliz por las invenciones que me encantaban; feliz por sentir aquél libro superior a lo que hasta entonces

(1) Protagonista de el «Hombre hormiga». (Tradu.)

había producido. Inquieto por mi pendiente filosófica que, si continuaba cediéndole, separaría de mí esa gruesa y grosera clientela que se llama educadamente el gran público. Sí, aún tenía a los cuarenta años, como el más esclavo de los Veleros de Letras o el más rastrero de los Académicos, el infantilismo de preocuparme por el Cerdo que Paga y por sus gustos. Para restablecer en mí un equilibrio más alto, buscaba un tema en el cual la decoración tuviese gran importancia y pasé mi año escolar documentándome sobre Rubens, su época, su ciudad y su pintura. Y aún hice un viaje de estudios a Amberes. En las vacaciones, llevaba conmigo, además de las notas que llenarían tres volúmenes, obras de referencia y de documentación suplementaria. A fuerza de meditación ¿no había creado en mí para un tema naturalmente indiferente, una especie de interés artificial? En mayo o en junio, había corrido hacia un café, como si estuviese sufriendo una presión de enteritis, a escribir una escena que ya quería salir. Por consiguiente, delante del trabajo metódico, una repugnancia levantó su montaña. Para darme descanso y aliento, compuse, en idea que me vino bruscamente, un diálogo entre Epicteto y el pretor encargado de transmitirle una orden de exilio. Este diálogo fue seguido con otros y, sin plan preconcebido, sin nada que pudiera informarme, escribí el bosquejo de mi libro **Los Cristianos y los Filósofos.** Se adivina que este primer manuscrito se adornaba en cada página con algunos signos de interrogación entre paréntesis y las márgenes se cargaban con menciones como: «Ver **Manual,** ... ver **Pláticas de Epicteto,** ... buscar en Suetonio, verificar en Dion Casius o en Xifilino». Después de esta lección, apenas si he luchado contra mis inclinaciones y no contra mis repugnancias demasiado vivas.

Sabido es que la repugnancia se levanta a veces en el último momento. Tales temas me divierten o me apasionan al estudiarlos; la documentación agota el placer que me podían traer: mis notas, cuando ya han sido tomadas completamente, son lanzadas con indiferencia al fondo de un cajón o destruídas como algo que estorba.

No voy a decir aquí la mayoría de estas aventuras. Sólo dos o tres entre ellas que pocas palabras bastan para indicar con claridad. Con el título de **El Medio Filósofo,** preparé una biografía novelada de Descartes, pensamiento independiente y conducta banalmente servil. Un proyecto análogo me hizo estudiar a **San Agustín, patrón de los arrivistas:** maniqueó mientras pudo sacar algo de la secta; católico luego, con el fin de volverse obispo. En tal reciente reincarnación, ¿no ha sido acaso socialista al principio de una difícil carrera política y no ha sabido asaltar o, como él decía sillón presidencial? Santa Mónica, modelo de las madres cristianas, jugaba su papel en este proyecto. Digna de su Agustín, cuando soñaba con un buen casamiento para él, le hizo abandonar sin titubear a la amante con la cual tenía un hijo. Un cristiano sabe siempre por ciencia cierta lo que está bien y lo que está mal; Agustín confiesa con humillación haber cedido a la naturaleza y al amor; pero, el abandono de la que ha hecho madre y el niño arrebatado a la madre lo absuelven un poco antes sus ojos penitentes.

Antes de haber vuelto a leer todo mi Descartes o de haber leído todo mi Aurelio Agustín, renuncié a narrarlos porque ya tenía yo en mi obra algunas biografías noveladas.

Eran abundantes mis notas cuando preparaban **Los Sofistas,** libro en el cual Pródicos de Ceos hubiera sido la figura central. Rechazado, este último proyecto, porque se avecinaba mucho con mis **Verdaderas Pláticas de Sócrates.**

Pues, grande es mi repugnancia en recomenzarme de nuevo. Hace que huya lo que produciría efectos que ya he empleado. Zola lanzando numerosas materias en el mismo molde me maravilla o más bien me asusta. ¡Ah! Bien sé que me siento incapaz de su valor y de su perseverancia melancólica. La miserable tarea de un Pablo Bourget derramando siempre la misma materia banal en idéntico crisol me causa náuseas. Sin este tedio vencedor, habría podido, toda mi vida, instalarme en el mismo dominio fértil de las cosechas semejantes, segar cada año y entrojar «Viajes de Psicodoro» y «Parábolas Cínicas». Habría podido, una vez encontrada la fórmula, fabricar sin esfuerzo treinta volúmenes de **Sueños Perdidos** o de **Crepúsculo;** machacar «en el mortero» (2) innumerables mártires. No me agrada el adormecedor trabajo en serie. El motivo que demando a cada uno de mis libros, es un despertar y un espectáculo nuevos. Agarrar algunas flores y, en el árbol que se acaba de descubrir, algunos juegos de sol y de viento, para luego pasar. Camina, caminante. No eres tú un cosechador metódico.

Para una naturaleza tan caminadora y que de buena gana no vuelve hacia los mismos paisajes, ¿no he escrito demasiado? De más en más a menudo, cuando entrar en una nueva ruta, me veo a mí mismo, obstáculo, ante mí. Y retrocedo.

Los dos proyectos que aparto hoy, no los indicaré. Tal vez la meditación solitaria o quizás el olvido en el silencio dará a uno de ellos esta gracia nueva que mis ojos no le encuentran aún o no se la encuentran más. Por el momento, su dificultad me parece huraña y su facilidad banal. Fáciles y fastidiosas para el escritor que no titubearía en repetirse o en limitarse, se lavantan escarpadas, tal vez inaccesibles, a quien quiere evitar los senderos ya trazados por sus pasos.

Mientras tanto voy a narrar mi inquieta adolescencia. A pesar de la semejanza de los títulos, no quiero que este libro se solidarice con mis recuerdos de infancia. ¡Oh no! Que los dos no hagan un par. Deseo que se pueda leer **Colgando los hábitos** (3) sin haber abierto **Me llamo Eliacín.** Que sea bien entendido que no prometo continuar y que espero no volverme un escritor de memorias.

---

(2) En el «Mortero», otro título de Ryner. (Trad.)

(3) El primer título escogido era «La muerte de Eliacín».

I

Para dispensar de leer **Me llamo Eliacín**, resumo la última de las aventuras que en él se cuentan.

¿De dónde me vino, en mis doce años, la fantasía de entrar en el convento de los hermanos maristas? Cierto, tenía piedad e inclinación por esos caballos de madera que son los ensueños místicos, los cuales me causaban alguna exaltación. Pero sobre todo, monómano del estudio, había creído encontrar, en el silencio del monasterio, una vida de labor intelectual. Que la casualidad me hubiese conducido a alguna congregación análoga a la de los antiguos benedictinos de San Mauro y mi suerte estaba echada, tal vez felizmente. Los estrechos y severos pequeños hermanos de María, maestros negligentes y catequistas fervorosos, maestros solamente para reclutar con el nombre de alumnos a niños que pudiera catequizarse, habían injuriado y oprimido mi «gusto excesivo por las ciencias profanas». Me habían privado de todo estudio, casi de toda lectura. Este hambre, el aplastamiento metódico de mi voluntad y un sueño insuficiente habiéndome vuelto enfermo, la comunidad me envió de nuevo al pueblo de Rognac (Bocas del Ródano), a casa de mis padres, recomendándome el proteger bien mi preciosa vocación y retornar tan pronto como mis fuerzas fuesen capaces de soportar las fatigas de la vida religiosa.

Apenas solo en un compartimento de tercera clase, recuerdo que, igualmente indiferente a la modestia monástica y a las conveniencias mundanas, me puse a cantar con palabras ebrias mi alegría de libertad. Cantaba, en un tono entusiasta y alborozado:

Tengo las alas de la esperanza:
Escapada de las redes del pajarero cruel,
Más viva, más feliz, en las campañas del cielo
Filomena canta y danza (4).

O, pensativo, agradecía a los dioses, cuyos designios son misteriosos, el haberme misericordiosamente enfermado para arrancarme de los estúpidos maristas. Cierto, nunca más volveré con esos tiranos cegados. Dios, dándome un gusto tan vivo por el estudio, me indicaba una vocación más sabia.

Los hermosos ritmos de Andrés Chénier retornaban como un estribillo de mi felicidad y de mi impulso hacia el porvenir. Meditaciones y palabras ebrias variaban las coplas: aprendía en ellas el latín y la teología, me volvía sacerdote, predicaba elocuentemente, estudiaba, ¡oh alegría! toda mi vida. Hacía el honor a la iglesia por mi ciencia, por mi talento y, accesoriamente, por mis virtudes.

Mi madre se sintió feliz por mi retorno. Mi padre, no lo sé. ¡Mil quinientos francos de sueldo y otros cuatro niños! ¿Qué haría él con este muchacho enfermizo, sin otro gusto que por los libros, raquítico tal vez, y con una talla tan ridícula que no podría ser maestro? Había creído mi padre, hace seis meses, que su hijo mayor estaba colocado, con la vida asegurada, lejos de las tempestades y de las inquietudes. He ahora que se lo traían de nuevo y, además, con no muy buenos puntos.

Comprendí la frialdad de mi padre y no fuí muy sensible a ella. Estaba de tal modo seguro de mi revancha deslumbrante, pensando hacer su vejez feliz y orgullosa. Cerraba los ojos para verlo sentado en un banco del porvenir, debajo de una futura parra, en un buen jardín de cura.

Fuí, lleno de esperanza, a confiarme al capellán del pueblo. Ya no era el joven ardiente e impulsivo que, por una respuesta independiente, me había excluído del catecismo. Este había sido trasladado, a pesar del afecto de sus feligreses, por alguna razón misteriosa. Una noche sin luna, había venido a llevarse a la joven más hermosa del pueblo —perdón, de la parroquia—, había pasado con ella a Suiza, y se había casado. Pertenecía ahora al clero de la pequeña secta del padre Jacinto, que se llamaba, si no me engaño, los Viejos Católicos.

¿El nuevo cura? En su sotana usada un pobre pequeño viejo todo tembloroso encima de algo que parecía unas piernas. Yo lo miraba con inquietud durante la consagración: ¿no dejarían sus débiles manos caer el cáliz?... Hablé largamente con él. Le desvelé con toda confianza mis santas ambiciones y le pedí que me hiciera entrar en el Pequeño Seminario. Levantó un poco sus brazos anquilosados por la edad, entorpecidos por las decepciones. Con una dulzura desalentada y resignada, gimió:

—Yo soy tan viejo, querido niño. Hace veinte años que ya no me escuchan. Desde hace diez años evito el hablar para no hacerme repetir muy a menudo de que chocheo.

Estaba yo en la edad que no tiene piedad, porque no tiene una inteligencia del prójimo. Incapaz de medir el desgaste del infeliz y duramente esclavo de mi idea fija, solicité lecciones de latín.

No tuvo la fuerza de levantar de nuevo sus manos y su bosquejo de alzamiento de hombros fue una palpitación, pronto detenida, de alas rotas. Su suspiró confesó:

—Lo he olvidado todo, pobre pequeño. Leo cada día mi breviario, porque nada dispensa el hacer un deber. Pero no comprendo nada de lo que leo.

(Continuará.)

---

(4) El que mi recuerdo siempre llama «el buen hermano Neopaldo», nos había dictado un fragmento de la *Joven cautiva*, un año antes, tal vez para darse ocasión de más agobiar con su comentarios a la Revolución. Pero A. Chénier había sido sabiamente corregido. En vez de:

Para mí Pales aún tiene verdes retiros,
los amores de los besos, las musas de los conciertos.

Yo había aprendido:

Para mí los bosques aún tienen los verdes retiros,
Mi madre los besos, los ángeles los conciertos.

H. R.

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau. Toulouse Hte. Gne.

Romance del amor a gritos

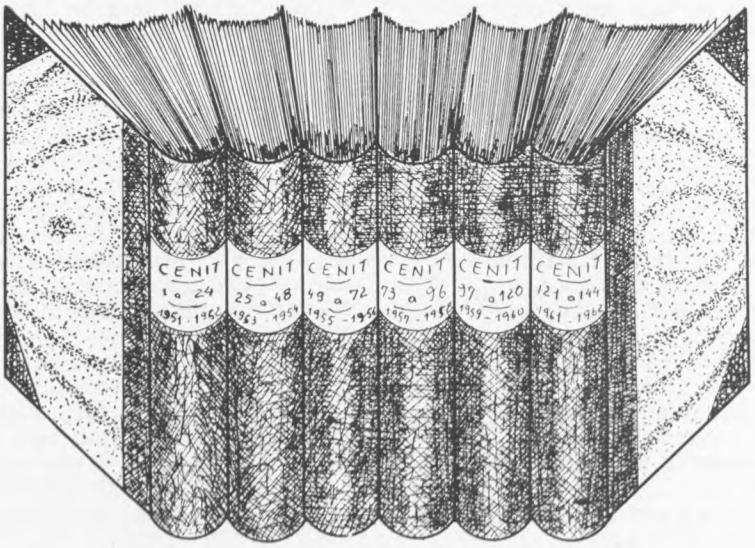
Yo tengo el fervor transido
de alegría, cuando pienso
que al ritmo de mis sandalias
se asoman los crisantemos.
No es un norte lo que vale
decir todo lo que siento,
ni vale la luna nueva
para alumbrar lo que siembro.
Es un ansia de plantar
con palabras el desierto
lo que me impulsa a vivir
con este delirio nuevo.
Si hay que buscar en las fosas
huesos rabiosos, por viejos,
yo iré gustoso a llamarlos
con este amor pregonero,
e iré por los valles sombríos
a reclutar con el fuego
de mi pasión hecha gritos
sombras cuajadas del yermo.
¡Quiero ofrecerles las alas
de mis pregones eternos!
¿Verdad que corren al agua
serafines sin aliento?
Ved los campos cómo están
preparados y en silencio.
Si yo hago fuentes con hebras
de cielo raso y contento,
si yo traspiro infinitos
contelados de luceros,
si yo me doy con el alba
como los gallos enteros,
es cosa de amor escrito
con la yema de altos dedos,
en mi corazón que flota
sobre mi sangre, en el suelo.
Ved mi vientre, cómo canta
con un gozoso hervidero
de palabras como carne,
de sangre como consuelo.
Un día tuve una voz
que mellaba los aleros,
que quebraba los cristales
de nichos de cementerios,
que penetraba en lo blanco
para convertirlo en negro,
que minaba en soledades
criaturas de enojo y sueño.
Pero mi voz tiene ya
brotes claros, de renuevo,
y aunque estoy, con tantos años,
mi poca plata en mis pelos,
duros mis pies y mi frente
con arrugas y otros besos,
suena imponente en el aire
con el mar y con el viento.
Dos rumores enlazados
por estos caminos nuevos.
Abrid bien vuestros oídos,
que voy a gritaros dentro:
¡Amor!
Quiebra más estas rodillas.
¡Amor!
Tomad de balde los cielos.

ABARRETEGUI

El estudioso de habla española deberá disponer de los

seis volúmenes encuadernados de

CENIT



¡Toda una verdadera enciclopedia Social!

Solicitarlo a nuestra administración